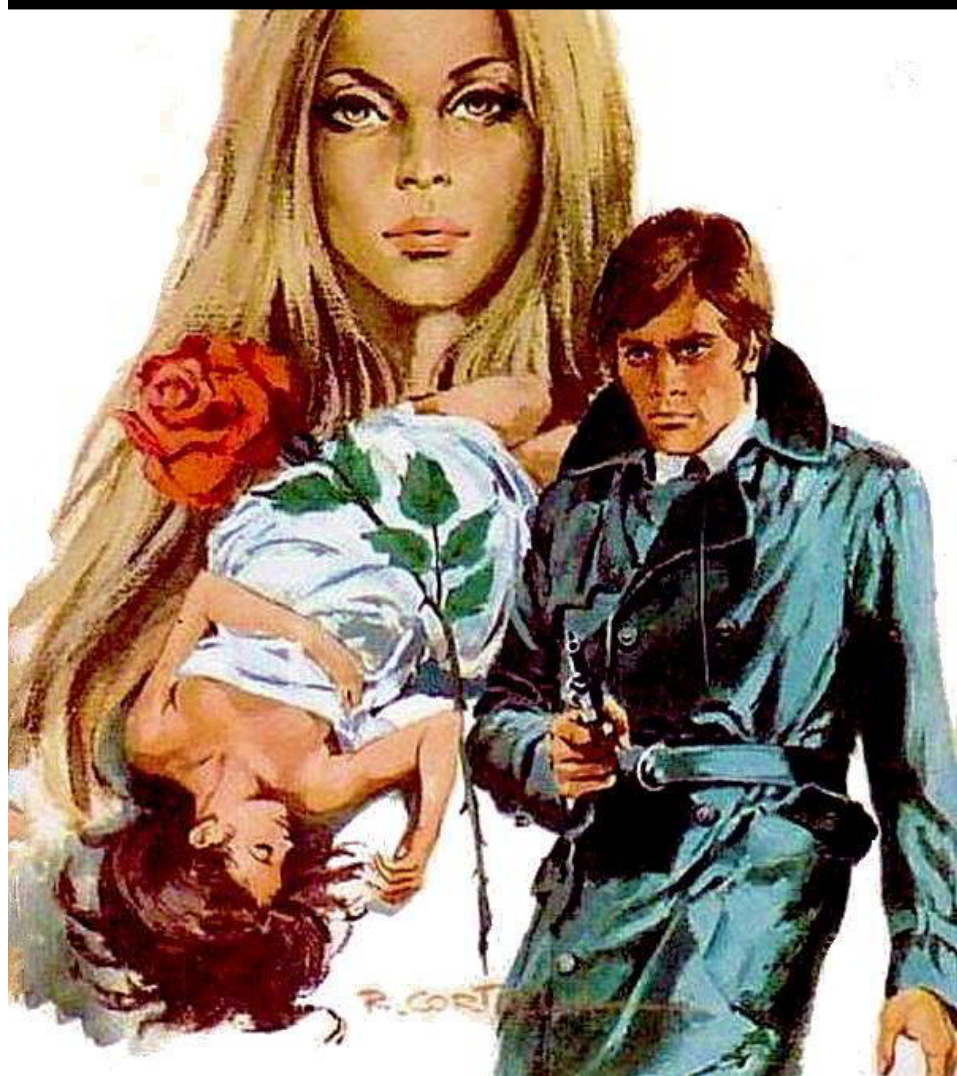


SERVICIO
SECRETO

SS

NO SIEMPRE SE GANA

Albert Rosbund





Albert Rosbund

No siempre se gana

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1510

ePub r1.0

Lds 19.01.19



Título original: *No siempre se gana*

Albert Rosbund, 1979

Cubierta: Rafael Cortiella

ePub modelo

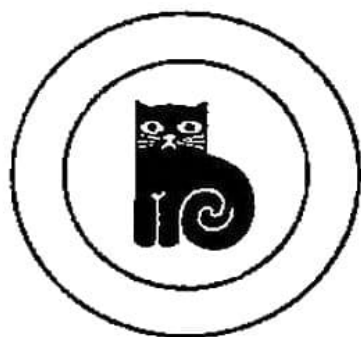
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



PRÓLOGO

El Pontiac se detuvo cerca del embarcadero, produciendo el mínimo ruido. Sus luces se apagaron y una mujer descendió de él.

Era alta, pelirroja y se cubría con una gabardina oscura. Miró hacia todos lados con cierto temor. Luego, echó a andar hacia el embarcadero con pasos rápidos.

En el silencio de la noche, sonó llamativamente el rítmico taconeo de sus zapatos.

Pero nadie la oyó caminar. Nadie la vio. El lugar estaba vacío, quieto, apacible.

Llegó hasta uno de los pequeños yates allí atracados, oscuro y silencioso como los demás. De nuevo miró hacia todos lados. Satisfecha de no ver a nadie por los alrededores, saltó a la embarcación.

El yate acusó el peso de la mujer y se balanceó suavemente.

Ella quedó sobre cubierta, indecisa.

De pronto, un rayo de luz se disparó sobre su rostro. Una circunferencia lumínica lo abarcó por completo. Pelo rojo como el fuego, ojos azules, nariz breve, boca pequeña, de labios pulposos, piel blanca, tersa y limpia...

El cuerpo de la mujer se removió inquieto, temeroso. Su corazón se aceleró y sus labios temblaron unos instantes.

La luz recorrió su cuerpo, deteniéndose especialmente en sus manos. Después, volvió a su rostro.

—¿Cómo se llama? —Brotó una voz frente a ella, de donde procedía el haz luminoso.

—Mirna.

—¿Qué se le ha perdido en este yate?

—Aquí me han mandado.

—¿Quién?

—Mi patrón.

—¿Para qué?

—Usted ha de entregarme algo.

—¿Cuál es la consigna?

—Robert Altman es el director de la película *Buffalo Bill and the Indians*.

—Muy bien.

—Usted también ha de decirme algo al respecto.

—En efecto. Esa película ganó el Oso de Oro en el XXVI Festival Internacional de Berlín. ¿Conforme?

—Sí, señor.

—¿Y los dos hombres que debían escoltarla?

—Está muy bien informado.

—Es mi deber. Este juego es muy peligroso. Dígame, ¿qué hay de ellos?

—Se han quedado en el coche, vigilando. Si alguien se aproxima, silbarán.

—Ajá.

—Me molesta esa luz.

—Aguántese.

—Deme el paquete y acabemos.

—Lo tiene ahí.

Y así diciendo, el rayo de luz se alejó de ella para iluminar a su derecha, en la misma cubierta.

La mujer miró hacia allí y vio un osito de peluche.

—¿Eso? —inquirió, extrañada.

—Eso —respondió escuetamente la voz del misterioso hombre oculto en las sombras de estribor del yate, manejando hábilmente una linterna de bolsillo.

La mujer se movió con rapidez y salvó la distancia que le separaba del osito de peluche.

Lo tomó en sus brazos con gran cuidado. El haz luminoso retornó a su rostro.

—Oh, deje ya de darme en los ojos con la luz —protestó—. Me molesta.

—Cuando me facilitaron sus datos, se olvidaron de decirme lo hermosa que es —comentó la voz, sin apartar la luz de su bello

rostro.

—Yo ni siquiera sé quién es usted.

—Es lo mejor para todos.

—Comprendo.

—¿Es usted siempre la que viene a recoger el envío?

—Sí. Es una norma de mi patrón.

—Me alegro de esa norma.

—En cambio, nunca es la misma persona la que lo trae.

—Sí. Es una norma de mi patrón —el misterioso hombre dejó escapar una risita.

Ella le secundó.

—En fin, es una lástima que no podamos conocernos más a fondo —agregó la voz—. Creo que es mejor que se vaya ya, Mirna.

—Sí, claro. Adiós.

—Ojalá volvamos a vernos.

Ella ya no respondió. Dio media vuelta y se alejó. Saltó a tierra firme.

El embarcadero seguía tan silencioso y vacío como antes. Un gajo de luna y varias farolas, distantes entre sí, eran toda la iluminación del lugar.

La mujer caminó presurosa hasta el coche. Abrió la portezuela nerviosamente y se coló en el interior.

Dejó el osito de peluche en el asiento contiguo y luego lanzó un suspiro.

Nadie le dijo nada porque nadie había dentro del automóvil.

Le dio al encendido. El motor rugió levemente y el coche se puso en movimiento.

Salió a La Jolla Boulevard y en ese instante se cruzó con un Chevrolet pasado de moda. Dos jóvenes —un chico y una chica que no sobrepasarían los veintidós años— iban en el interior del «Chevy». La muchacha exclamó:

—¡Es su coche! ¡Da la vuelta!

El muchacho obedeció. Las ruedas chirriaron horriblemente sobre el asfalto. Gracias a que el tráfico a aquellas horas de la noche era nulo, no se produjo ningún accidente.

—¡Maldita sea! —siguió exclamando la chica—. ¡Por culpa del inoportuno pinchazo, hemos llegado tarde! ¡Me cago en...!

—Deja de lamentarte —le cortó su acompañante—. Aún

podemos alcanzarla.

—Si se escapa, no la podremos localizar. No sabemos su nombre, ni dónde vive...

—¡La cogeremos!

CAPÍTULO PRIMERO

La rutina del día se vio rota por la aparición de aquel hombre joven y atlético, bien parecido, que se identificó como policía.

—Mike Madox, detective de primera —mostró a la vez su placa, en un estuchito de piel.

Lorena Clayton, secretaria de la Foster Company Ltd. parpadeó sorprendida.

¿Qué podía querer de ella un policía?

Sus compañeros y compañeras de trabajo en aquella amplia sala cesaron en sus tareas, tanto de revisar papeles como de mecanografiar.

El policía iba acompañado por el jefe de sección, *Mr. Mavis*.

—Es usted la hermana de Marian Clayton...

—Sí.

—Deberá acompañarme, señorita.

—¿Por qué?

—Su hermana ha sufrido un accidente.

—¿Qué? ¿Cómo? —exclamó, palideciendo y poniéndose en pie.

—Su hermana ha sufrido un accidente —repitió el policía, impasible.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo está ella? —las preguntas se agolparon en su garganta y brotaron de ella atropelladamente, sin respiro alguno.

—Creo que lo mejor es decir la verdad desde el principio, señorita. Así pues, le diré que... su hermana ha muerto.

—¡No! —chilló, llevándose las manos a la cabeza.

Richard Mavis, el jefe de sección, se aproximó a ella y la rodeó con un brazo por los hombros.

Lorena lloró desconsoladamente.

De pronto, cesó en su llanto y miró con ojos húmedos al policía.

—¿No hay posibilidad de... de un error? —preguntó, anidando cierta esperanza.

—Me temo que no, señorita. Su hermana era muy conocida. Una famosa cantante. Aparte de haber encontrado su documentación en su bolso, muchos de los que estuvimos allí, incluido yo, la reconocimos. De todas formas, es mejor la identificación de un familiar. —Sí, sí...

—Lo siento, señorita. De verdad que no me gustan nada estos tragos. ¿Va a acompañarme?

—Sí, sí...

Parecía lejana, distante. Para Lorena era como vivir una pesadilla. Como haber saltado de un mundo a otro, sin tiempo para la meditación y la reflexión. De repente, la habían arrancado de su vida cotidiana, tranquila, sin problemas, para espetarle una cruda y brutal realidad: su hermana había muerto.

—¿Quiere que vaya con usted, Lorena? —se ofreció el jefe de sección.

—No, no hace falta, *Mr. Mavis*. Gracias.

—Como quiera. Desde luego, puede contar con todo el tiempo que necesite. No se preocupe del trabajo.

—Gracias de nuevo, *Mr. Mavis*.

Poco después, se dirigían en el coche de Mike Madox hacia la Morgue.

Durante el trayecto, apenas cruzaron palabra alguna.

Una vez en el depósito de cadáveres, se procedió a la identificación. El cuerpo se hallaba sobre una fría losa de mármol, cubierto por una sábana blanca. No había pasado a la cámara frigorífica porque unos minutos después se le iba a realizar la autopsia.

El encargado del lugar corrió la sábana, dejando el rostro de la muerta al descubierto.

Lorena ahogó un grito e instintivamente escondió su cara en el pecho del policía.

Murmuró algunas cosas ininteligibles, entre sollozos e hipidos.

Mike Madox la fue arrastrando delicadamente hacia la salida.

En el *hall* les esperaban un par de hombres. Ambos saludaron a Mike Madox.

Los tres aguardaron a que Lorena se calmara. Ya más serena, se quedó mirándolos, uno a uno.

—Ellos son de la Brigada de Investigación de Accidentes —dijo Mike Madox—. El teniente Francis y el sargento Dunlop.

Ambos le dedicaron a Lorena una breve inclinación de cabeza.

—Era su hermana, ¿verdad, señorita? —preguntó el teniente Francis, hombre robusto y sanguíneo.

Lorena asintió, incapaz aún de hablar.

—¿Quién ha llevado el papeleo? —le preguntó el sargento Dunlop, un auténtico gigante, a Madox.

—Los del autopatrulla

X-140

. Ellos fueron los primeros en acudir al lugar del siniestro. Inmediatamente pasaron aviso al Precinto más cercano, y el jefe me envió para allá. Los patrulleros se encargaron de rellenar los impresos pertinentes; yo me dediqué a localizar a la hermana de la fallecida. Bien, creo que, a partir de ahora, ya todo es asunto de ustedes.

—En efecto, Madox —cabeceó el teniente Francis.

—Señorita Clayton... —dijo Mike Madox.

Ella levantó su mirada.

—¿Quiere que la lleve a algún lado?

—Yo... Bueno, sí, a casa.

—Vamos, pues.

—Pero mi hermana...

—Aquí no puede estar. Ya nada se puede hacer.

—Lo sé, pero...

—Sólo queda encargarse de su entierro. ¿Tiene usted más familiares?

—No, no...

—Entonces, tendrá que encargarse usted sola de todo.

—Sí, claro.

—Aunque lo mejor será que lo deje todo en manos de unas pompas fúnebres. Se ahorrará papeleo y malos ratos. Conozco una muy eficiente. ¿Quiere que la lleve allí?

—Pues... sí.

Se despidieron de los hombres de la Brigada de Investigación de Accidentes, y salieron de la Morgue.

Ya en el coche, procurando dominar al máximo sus nervios, preguntó Lorena:

—¿Cómo fue?

—Un accidente de automóvil.

—¡Oh!

—El coche de su hermana se estrelló contra un grueso árbol, en Linda Vista Road.

—¿Hubo testigos del suceso?

—Según las primeras diligencias que practicamos los patrulleros y yo, no. Debió ocurrir en la madrugada... Yo no recibí el aviso hasta las seis.

—Entonces, ¿no saben cómo ocurrió exactamente?

—Bueno, no... Imagino que estaría algo adormilada, se distrajo y perdió la dirección. Es muy frecuente.

—Me extraña.

—¿Por qué?

—Mi hermana era una noctámbula. A ver si me explico: ella vivía la noche intensamente. A causa de su profesión de cantante, se había acostumbrado a no acostarse antes de las seis o siete de la mañana, y se levantaba con las primeras horas de la tarde...

—Entiendo.

—Y aparte de eso, mi hermana era una experta conductora de automóvil.

—Bueno, podía ir algo... bebida.

—No era aficionada al alcohol.

—Bien, señorita Clayton —exclamó el policía, dando una palmada sobre el volante—. ¿A dónde quiere ir a parar?

—No lo sé —respondió sinceramente—. Todo me parece irreal, extraño.

—La comprendo.

Mike Madox detuvo su coche en la 54th Street, en cuanto vio un hueco para aparcar.

Descendieron del auto y él dijo:

—La funeraria está en la próxima manzana.

Llegaron al negocio de pompas fúnebres, y allí llevó la voz cantante Mike Madox porque la joven nuevamente se vio superada por sus nervios.

Una vez terminaron con los primeros requisitos, y ella dio un

adelanto, ambos salieron a la calle.

—Ahora la llevaré a su casa, ¿eh? —dijo el policía.

—Sí, gracias.

—Le aconsejo que se tome un somnífero y trate de dormir.

—No sé si podré.

—Inténtelo, al menos.

De nuevo en el coche de Mike Madox, él requirió la dirección de ella y hacia allá se dirigieron.

—No vivían juntas, ¿eh? —comentó el policía.

—¿Cómo lo sabe?

—En la documentación de su hermana había otra dirección. ¿Se llevaban bien?

—¿Mi hermana y yo?

—Por supuesto.

¡Claro que sí!

¿Qué sabía de ella últimamente?

Estaba gozando de una semana de descanso. Entretanto, Ray Milton, su manager, se había trasladado a Los Angeles para conseguir algunos contratos para el mes próximo. Por cierto, espero que Ray Milton esté al caer.

—¿Habló con ella anoche?

—No. Hacía tres días que no nos veíamos y dos que no charlábamos por teléfono.

¡Oiga!...

—¿Qué?

—Ahora soy yo la que pregunta a dónde quiere usted ir a parar.

—Al 232 de 24th Street: su casa —sonrió él, deteniendo el coche junto a la acera. Ella miró a través de la ventanilla hacia el edificio de apartamentos donde vivía. Luego, le miró a él.

—En serio: ¿a qué venían esas preguntas?

—Era pura rutina policial, señorita Clayton. La fuerza de la costumbre.

—¿Hay algo oscuro en el accidente de mi hermana?

—No.

—¿De verdad?

—Aunque no hemos encontrado, hasta el momento, testigos del siniestro, no hay nada que nos indique que lo ocurrido no ha sido un desgraciado accidente de tráfico.

—¿Y por qué ha intervenido usted? Me dijo que era detective, ¿no?

—En efecto. Detective de primera, Mike Madox.

—¿Y qué investiga usted?

—Yo soy un simple detective, adscrito a la División de Detectives del Precinto del distrito donde sucedió el accidente de su hermana. Una vez nos comunicó lo sucedido el autopatrulla, mi jefe, el capitán Jacobs, me envió para allá para que ayudara en las investigaciones preliminares. Pero ahora ya todo queda en manos de la Brigada de Investigación de Accidentes. Sus hombres se encargarán de revisar al coche siniestrado y de hacer un estudio técnico del accidente. También ellos recibirán el resultado de la autopsia practicada a su hermana. Con todos los datos, fabricarán un informe. Si el resultado final es accidente por fallo mecánico o humano, el caso quedará archivado y sanseacabó. Si hubiera algo más, por ejemplo, sospecha de accidente provocado, el caso pasará a la Brigada de Homicidios. Sea cual fuere el resultado, yo ya no tendré nada que ver con el asunto. Por el momento, no paso de ser un vulgar detective de barriada.

—Ya.

—En fin, señorita Clayton, creo que ha llegado la hora de la despedida. Lamento de veras que hayamos tenido que conocernos en estas circunstancias.

—Gracias por todo, señor Madox —alargó su mano derecha la joven.

—Puede llamarme Mike —dijo él, al tiempo que se la estrechaba.

—Mi nombre es Lorena; lo sabe, ¿no?

—Hasta la vista, Lorena.

—Adiós, Mike.

CAPÍTULO II

—Te espera el capitán —le dijo un compañero en cuanto pisó la sala de detectives.

Se dirigió hacia la puerta que daba al pequeño despacho de su jefe, golpeó con los nudillos en ella, y entró en la pieza nada más recibir permiso.

—¿Qué hay, jefe? —preguntó.

—Siéntate, Mike.

Fred Jacobs, capitán de detectives, era un hombre de canosos cabellos y facciones caballunas. Frisaba los cincuenta años de edad y estaba considerado como el hombre más duro y ambicioso del Precinto.

—¿Cómo ha ido el asunto de Marian Clayton, la cantante de *night-club*?

Mike Madox, ya acomodado, le relató lo que había hecho aquella mañana.

—Ahora, todo ha quedado en manos de la Brigada de Investigación de Accidentes —finalizó diciendo.

—Muy bien, pero yo tengo un par de cosas respecto a esa mujer.

—¿Marian Clayton? —Sí.

—¿De qué se trata?

—Mira esto.

Abrió el cajón central de la mesa y sacó una bolsita de plástico.

Mike Madox la tomó y la curioseó.

—¿Droga? —inquirió.

—Heroína, sí.

—¿Y bien?

—Esta bolsita se encontró en el coche de Marian Clayton. —
¿Quién se la ha dado?

—Los patrulleros. Ellos la hallaron después de marcharte tú.

—Bueno, habrá que pasar el hallazgo a la Brigada de Narcóticos.

—No.

—¿Cómo ha dicho? —Frunció el ceño Mike Madox.

—He dicho no.

—¿Por qué?

—La existencia de esta bolsita sólo la conocemos nosotros dos y los patrulleros. Estos últimos ya se habrán olvidado del asunto, con tantos casos que tienen que resolver a diario por las malditas calles de esta ciudad. Tú y yo tenemos la obligación de dar cuenta a la Brigada de Narcóticos, pero no lo vamos a hacer.

—¿Por qué?, sigo preguntando.

—Porque esto puede ser importante para nosotros.

—No lo entiendo.

—Escucha la segunda cosa que sé respecto a la mujer muerta.

—Diga.

Ella era la amiguita que más frecuentaba últimamente Just Jackson.

¡Just Jackson!

Sabes quién es, ¿verdad?

Por supuesto. El jefe del Sindicato en esta ciudad. Un hombre del que sabemos lo que es, pero que hasta ahora no hemos podido coger con las manos en la masa. Un hombre por el que el *Police Department* daría cualquier cosa.

—Tú lo has dicho, muchacho. Un hombre por el que el *Police Department* daría cualquier cosa.

—¿Qué quiere decir?

—Naturalmente, ascensos.

—¿Ascensos?

—Yo ya estoy harto de este maldito cuartucho, de este condenado. Precinto y de este soporífero distrito. Quiero salir de aquí, y para eso me hace falta un ascenso rápido. Por otro lado, estás tú, muchacho, que puedes aspirar a sargento detective.

—¿Qué pretende exactamente, jefe? —preguntó Mike, removiéndose inquieto en la butaca, de sucio y roto tapizado verde.

—Intentar echar mano por nuestra cuenta a Just Jackson.

—¿Porque una amiguita suya se ha estrellado con su coche, y junto a ella se ha encontrado una bolsita de heroína?

—Ése puede ser el principio.

—Un principio muy poco sólido.

—No hay que ser pesimistas.

—Mire, jefe. Estoy casi convencido de que lo sucedido a Marian Clayton ha sido un accidente, un vulgar accidente automovilístico. Y lo de la bolsita de plástico con droga, apenas significa nada. ¿Que ella era aficionada a las drogas? Bueno, bien, ¿y qué? Mucha gente que anda por ahí suelta también se organiza de vez en cuando algún que otro «viaje».

—Posiblemente tengas razón, Mike, pero no hay que descartar algún sucio manejo.

Todo lo que toca Just Jackson huele a podrido.

—Eso lo tendrá que decidir la Brigada de Investigación de Accidentes.

—Lo sé, pero si el resultado final da positivo, el caso no pasará a nuestras manos.

—Lógico, jefe.

—Por eso vamos a tomar la iniciativa desde este momento: Nadie del *Police Department* se va a mover mientras la Brigada de Investigación de Accidentes elabora el informe. Nosotros, sí.

—¿Pero no ha pensado que también puede ocurrir que el resultado de ese informe sea negativo? ¿No ha pensado que tal vez la muerte de Marian Clayton y la aparición de esa bolsita de droga no tengan nada que ver con Just Jackson?

—Cierto. Puede ocurrir.

—¿Entonces...?

—Entonces ya veremos lo que hacemos. Si no hemos conseguido nada, lo dejaremos estar. Si tenemos algo, seguiremos adelante.

—¿Y cómo infiernos espera tener algo, si realmente no hay nada tras este accidente?

—Es que yo pienso que este accidente nos puede servir para empezar a hacer investigaciones acerca de Just Jackson. Podemos inquietarle, y eso le puede hacer dar algún mal paso. Eso nos conduciría a otros asuntos. Just Jackson maneja muchas cosas: prostitución, extorsión, fraudes, drogas, loterías clandestinas, etc., etc. Algo puede caer.

—Y para ello cuenta conmigo, ¿no?

—Exacto, muchacho. Eres uno de mis mejores detectives, y

además eres el único que ha tomado contacto ya con el asunto. Tú estás a mis órdenes y sólo respondes ante mí. Por tanto, a partir de este mismo momento, empezarás a hacer averiguaciones partiendo de esa cantante de *night-club*, Marian Clayton. Has de encontrar algún nexo de unión con Just Jackson, aparte de su amistad íntima.

—Creo, jefe, que está usted exagerando las cosas. Pienso que Marian Clayton no sería más que una amiguita ocasional de Just Jackson.

—Demuéstramelo.

—Eso es pedirme lo mismo de antes, pero con otras palabras —sonrió Mike Madox.

—Me disgustaría haberme equivocado al decidir confiarme a ti, muchacho.

—Está bien, jefe. Acepto.

—¡Así me gusta!

—Pero quiero que quede bien claro que la responsabilidad del asunto, a partir de ahora, no va a ser mía.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si algún jefe superior se entera de mis investigaciones, o si yo me veo en serios problemas, usted apechugará con su cargo.

—Por supuesto, muchacho.

—También a mí me disgustaría haberme equivocado al decidir confiar en usted.

—En esto vamos a ir juntos como un solo hombre, Mike, y lo que le ocurra a uno, le ocurrirá al otro.

—Esa frase le ha quedado muy bien desde el sillón giratorio, jefe, pero la verdad es que, si me tropiezo con pistoleros repartidores de plomo, no creo que le llegue a usted alguna onza...

—Tú ya me entiendes...

—Entiendo demasiado, eso es lo malo. Pero, en fin, usted es capitán de detectives y yo soy un modesto detective de primera. Usted manda y yo obedezco.

—Ya verás como todo sale bien.

—Eso espero.

—Sabes que tengo fama de viejo buitres. —Lo sé, sí.

—Pues te puedo asegurar que en este asunto de Marian Clayton huelo a carroña.

—Ojalá su olfato no le falle.

—Casi nunca he errado, muchacho. Lo que ocurre es que en otras ocasiones he facilitado mis corazonadas a mis superiores y ellos han sido quienes se han colgado el laurel. En esta ocasión, no va a ser así.

—Bien, jefe. Entonces, ¿voy a tener plena libertad de movimientos?

—Sí.

—¿Y qué voy a explicar a mis compañeros? Harán preguntas sobre mi trabajo y...

—Desde este momento, estás encargado de encontrar al viejo Roscoe. ¿El carterista?

El mismo.

Nos olvidamos de él cuando nos comunicaron que había emigrado a Chula Vista.

Bueno, ahora he recibido un soplo de que ha vuelto —sonrió el capitán Jacobs—. Y tú eres el hombre que yo designo para localizarlo.

—Comprendo, Jefe.

—Eso te obligará a estar constantemente fuera de este Precinto, y así nadie sospechará.

—Okey.

—¿Quieres un cigarrillo?

—Gracias, jefe.

Los encendieron y lanzaron las primeras bocanadas de humo. El capitán Fred Jacobs accionó el pequeño ventilador que tenía sobre la mesa.

—Quiero preguntarle una cosa, jefe —dijo Mike Madox.

—¿Qué?

—Es una curiosidad.

—Díla, vamos.

—¿Cómo sabe que Marian Clayton era amiguita de Just Jackson?

—Muy sencillo: yo mismo los vi juntos una noche, cenando en el Garbo's

—Ajá. Pero eso no significa que fueran amigos íntimos. Por una cena...

—Todos sabemos cómo es Just Jackson. Le gustan las mujeres del mundo del espectáculo. Cuando va de cena con una, es que la cosa marcha.

—De todas formas, todo me parece cogido con alfileres. Espero que, si fracasamos y no conseguimos el ascenso, al menos tampoco nos degraden.

—¡Atraparemos a Just Jackson!

—Amén.

Mike Madox apagó el Cigarrillo en el cenicero de cristal que había sobre la mesa repleta de papeles y carpetas, y luego se puso en pie.

—¿Y por dónde empiezo, jefe? —preguntó a continuación.

—Por Marian Clayton. Y si no hallas nada, utilízala para incordiar a Just Jackson. Eso nos puede proporcionar frutos insospechados.

—Si es capaz de ponerse nervioso.

CAPÍTULO III

Just Jackson ya estaba nervioso.

La conferencia telefónica que acababa de mantener unos segundos antes con Ensenada, México, le había alterado por completo.

Estrujó el habano en el cenicero y, no contento con esto, les dio un manotazo a unos cuantos papeles que descansaban sobre su mesa escritorio, lanzándolos al suelo. Luego, soltó un par de tacos que hubiera envidiado cualquier sargento de marines. Todavía insatisfecho, se puso en pie y le propinó una patada a una de las sillas, alzándola unas pulgadas por encima del suelo y yendo a estrellarse contra la biblioteca con gran estrépito.

Just Jackson contaba cuarenta y cinco años de edad. Era alto y delgado. Cuidaba mucho de su persona, y siempre estaba limpio y elegante. Ahora, enfundado en un costoso y vistoso batín de seda, no hacía más que jurar y maldecir contra una mujer llamada Mirna, dando vueltas por el despacho como si fuera una fiera enjaulada.

Alguien abrió la puerta y entró sin pedir permiso. Just Jackson se le quedó mirando, con sus ojos excitados por la rabia que le invadía.

—¡Fue ella! —exclamó—. ¡Fue ella, Andy!

Andy Lorigan, hombre de confianza de Just Jackson, era un tipo joven y guapo. Vestía siempre elegantes y bien cortados trajes de chaqueta, y sus cabellos parecían haber salido a toda hora de una peluquería.

—¡Fue ella, Andy! —repitió Just Jackson, propinándole una nueva patada a la caída silla.

—¿Ha hablado ya con el hombre de Ensenada? —preguntó Andy Lorigan, repasándose el puño de la camisa, más en un gesto

mecánico que necesario.

—Sí.

—¿Qué le ha dicho?

—El tipo que designó esta vez, entregó la mercancía a la mujer que se presentó en el yate.

—¿Era Mirna?

—Era pelirroja, de ojos azules, alta, muy hermosa, con gabardina oscura, sabía la contraseña, etc., etcétera.

—Entonces, era Mirna. No cabe la menor duda.

—¡La muy puta!

Se hizo un breve silencio entre los dos. Andy Lorigan se aproximó al mueble-bar.

—¿Quiere un trago?

—No.

El joven se preparó un combinado, sin excesivas prisas, con pulso firme.

—¿Qué has averiguado tú, Andy? —le preguntó, al cabo de unos segundos, su patrón—. Bueno, ya sabes que Peter y Jack se quedaron anoche esperándola largamente. Ellos fueron quienes, una vez cansados de aguardarla, me pasaron aviso.

—Sí, todo eso lo sé. Primero pensamos que podía haberle sucedido algo. Te mandé investigar acerca de su paradero, mientras yo trataba de comunicar con el hombre de Ensenada. ¿Qué hay de ello?

Ni rastro.

¡Maldita hija de perra!

—Creo que ahora todo está bastante claro —bebió un sorbo Andy Lorigan, tomando asiento en el brazo de una butaca—. Nuestra mujer de confianza, miembro de esta «sociedad» desde hace varios años, Mirna Castle, nos ha traicionado.

—¿Por qué lo habrá hecho, la muy... muy...? —Todos los epítetos que le vinieron a la mente le parecieron demasiado suaves y por ello no terminó la frase.

—La mercancía era muy sustanciosa. Ya le dije que no era bueno que ella fuera todos los meses a recogerla.

—Mirna Castle siempre ha colaborado eficazmente. A plena satisfacción.

—Hasta anoche.

—Sí, hasta anoche. Anoche nos hizo traición. Y eso lo va a pagar con la muerte.

—Si la cogemos.

—No se escapará. El Sindicato tiene la mano muy larga.

—Posiblemente, a estas horas esté ya muy lejos. Cuando se atrevió a dar el golpe, golpe que no es sólo a nosotros, sino también al Sindicato, cosa mucho más grave, es porque lo tenía todo muy bien planeado. Claro, le dimos ocho meses para estudiar hasta el mínimo detalle...

—¡No me lo recuerdes más, condenación!

—Estoy diciendo la verdad.

—Todos los hombres y mujeres de mi plantilla fueron pasados a través del microscopio antes de ingresar en la organización. Se escogieron hombres y mujeres que...

—Lo sé, lo sé —le interrumpió—. Pero todo hombre y mujer tienen un precio. Ahora ya sabemos cuál era el de Mirna Castle. Aunque demasiado tarde.

—Te he dicho mil veces que no me gusta ni pizca tu humor.

—Lo siento, pero no estoy dispuesto a amargarme como usted.

—Claro. El que va a quedar mal delante de los altos jefes de Los Angeles, soy yo.

—Bueno, un fallo lo puede tener cualquiera...

—¡Ni fallo ni puñetas!

—En Los Angeles sospecharán en cuanto no aparezca esta noche llevándoles la mercancía.

—Les telefonearé dándoles una excusa.

—Eso sólo lo podrá hacer por un par de días. Luego, ¿qué?

—¡En cuarenta y ocho horas tenemos que haber dado con el paradero de Mirna!

—Je.

—No te rías, maldito.

—Estuve en su apartamento y el conserje del edificio no sabía nada de ella. Visité a sus amistades, tanto masculinas como femeninas, y tampoco nadie sabía nada de ella. Esto lo ha hecho sola, por su cuenta y riesgo, sin confiarse a nadie.

—Pero a algún lado tiene que haber ido.

—Oh, sí, claro. —Andy Lorigan apuró el combinado y se puso en pie. Se acercó al mueble-bar y dejó allí el vaso ya vacío.

—Mueve a todos nuestros contactos en los pueblos adyacentes a la ciudad. Tal vez alguien la haya visto en el coche.

—No creo que haya sido tan tonta como para irse en el coche. No es suyo, está a nombre de una de las compañías que usted dirige, tenemos su matrícula, todas sus características...

—¿Qué piensas, entonces?

—Bueno, es indudable que ella lo ha usado, porque hasta el momento no ha aparecido. Mirna lo recogió en el garaje, pero no pasó por Peter y Jack, dándoles plantón. Lo debió utilizar para trasladarse al embarcadero y recoger la mercancía. Luego, no creo que siguiera en él...

—¿Qué sugieres?

—Tal vez haya tomado un avión, un barco, un tren... Algo por el estilo.

—Entonces, haz que los muchachos investiguen en el aeropuerto, en la Estación Central, en el puerto, en la estación de autobuses...

—Lo había pensado.

—¿Y por qué no lo has hecho ya?

—Primero quería saber qué había dicho el hombre de Ensenada. Había que asegurarse de que realmente Mirna Castle nos había traicionado.

—Muy bien. Ya lo sabemos. Ahora tenemos que mover todas nuestras piezas. ¡Y con gran rapidez y precisión!

—Está bien.

—No te veo muy ilusionado.

—Tengo el presentimiento de que Mirna Castle ha jugado muy bien sus cartas y se nos ha escapado.

—Ya te hablé antes de la larga mano del Sindicato, Andy. Si en cuarenta y ocho horas no la hemos podido localizar nosotros, daré cuenta de lo ocurrido a Los Angeles, por fuerza, claro. Entonces ellos se harán cargo del asunto... y Mirna Castle caerá, aunque se haya escondido en el mismo Kremlin.

Para reforzar más sus palabras, Just Jackson pegó un soberano puñetazo sobre la mesa escritorio, y un lapicero subió y bajó una pulgada.

—En fin, me pondré manos a la obra —dijo Andy Lorigan, encaminándose hacia la puerta.

—Espera.

—¿Sí? —Dio media vuelta Andy.

—No sería mala idea que interrogaras a posibles compradores de la mercancía, aquí, en la ciudad. Tal vez Mirna pensara en colocarla, antes de largarse. Si pensaba irse fuera de los Estados, tendría que pasar aduana y entonces la mercancía correría peligro. Es más fácil llevarse billetes. ¿Qué te parece?

—Hum. Pudiera ser.

—Hay que apurar todas las posibilidades.

—Lo haré. No se preocupe.

—Me gustaría tenerla en mis manos para poder retorcerle el pescuezo.

Procuraré complacerle.

Ahora que dices eso... Te espero esta noche en la finca. No faltes.

—No faltaré —sonrió abiertamente.

Hasta entonces.

CAPÍTULO IV

No hay nada como presentarse en la Morgue después de haber almorzado.

Eso pensaba Mike Madox mientras esperaba la llegada del encargado-jefe.

Encendió un cigarrillo para disipar los olores que le producían cierta irritación nasal y no pocas ganas de vomitar la comida.

Al encargado-jefe lo conocía de la visita que había realizado unas horas antes, en compañía de Lorena Clayton. Era un hombre bajo y rechoncho, de ojos muy vivaces.

—Ah, hola, señor Madox —le saludó, reconociéndole.

—Buenas tardes —le correspondió el policía, estrechándole la mano—. Me alegra que se acuerde de mí. —¿Qué desea?

—Verá... Estoy interesado en la autopsia de Marian Clayton.

—Ya. Pero tengo entendido que eso compete a la Brigada de Investigación de Accidentes.

—Cierto, amigo mío. Pero en el Precinto, mi jefe, el capitán Jacobs, me ha rogado que le elabore un informe completo acerca del accidente, y lo quiero hacer lo mejor posible. Por ello quisiera conocer el resultado de la autopsia practicada a la cantante.

—Una desgracia, lo de esa muchacha. Yo la había visto actuar hace poco, en el Corinto.

No lo hacía nada mal.

—Sí, sí... Pero ¿qué hay de la autopsia?

—La verdad es que el médico forense ya no está aquí...

—Lo sé. Me lo dijo el empleado de la entrada.

—Y el informe ya ha sido remitido a la Brigada de Investigación de Accidentes.

—Ajá.

—Así están las cosas.

—Pero apuesto a que usted conoce lo que decía ese informe.

—Hombre, sí.

—¿Tiene algún inconveniente en facilitarme los datos más importantes?

—Bueno, no. No creo que sea nada grave.

—Por supuesto que no.

—¿Acaso ustedes piensan que pudo haber ocurrido algo raro?

—No, ¿por qué? Esto es simplemente rutina policial. Se rellena un expediente y luego se archiva. Nada más.

—Entiendo.

—¿Por qué me lo preguntaba? ¿Acaso la autopsia ha proporcionado algún dato extraño?

—Según cómo se mire.

—A ver, explíquese. Por cierto, ¿quiere fumar?

—Gracias —aceptó el encargado-jefe, tomando un pitillo de la cajetilla que le ofrecía el policía. Éste le acercó la llamita de su encendedor.

—Cuénteme qué decía ese informe.

—Bueno, lo único llamativo era esto: Marian Clayton iba drogada.

—¿Drogada?

—Eso he dicho, señor Madox.

—¿Qué droga?

—Heroína.

Mike Madox se quedó unos instantes pensativo. ¿Iba a tener razón su jefe? ¿Era tan bueno el olfato del viejo buitre como él presumía?

—Pero eso no significa nada, señor Madox —agregó el encargado-jefe de la Morgue, como si hubiera adivinado sus ideas.

—¿Qué quiere decir?

—En el cuerpo de Marian Clayton, principalmente en sus brazos, se encontraron numerosas marcas de pinchazos.

Mike Madox parpadeó, sorprendido.

—Entonces, ¿era una drogadicta?

—En efecto. Eran marcas antiguas. Las clásicas marcas de una persona que lleva ya mucho tiempo pinchándose.

—¿Y qué más dice el informe?

—Nada importante. Términos técnicos acerca de las causas de su muerte.

—¿Y cuáles fueron éstas?

—Las debidas al brutal choque. No se encontró nada anormal, que pudiera interesarle.

—Sólo su estado drogado.

—Sí.

—Pero éste no fue la causa de su muerte.

—No.

—¿Con toda seguridad?

—Sí, sí. No era lo suficientemente alto como para provocarle un coma.

—Ya.

—Pero sí pudo ser la causa de su muerte, en otro sentido.

—Comprendo. Quiere decir que a causa de ese estado disminuyeron sus reflejos y ello fuera posiblemente el origen del accidente.

—Exacto, señor Madox. Una persona drogada no debe conducir un coche.

Mike Madox cabeceó, asintiendo.

—Así pues —agregó el encargado-jefe de la Morgue—, si el estudio técnico del coche no ofrece nada de particular, tal vez ésta sea la versión oficial que ofrezca la Brigada de Investigación de Accidentes. Es lo más lógico, ¿no?

—Sí, es lo lógico —convino el policía—. Una mujer que se droga habitualmente conduce su coche después de haberse inyectado una dosis de heroína y acaba estrellándose contra un árbol.

—Son las sorpresas que da la vida. ¿Quién iba a pensar que una mujer tan deliciosa como Marian Clayton fuera una drogadicta? Yo no me lo creí en un principio, pero las evidencias eran aplastantes.

—Ya.

De todas formas, poco hubiera durado en su profesión, de seguir por ese camino. Por cierto, ¿dónde me dijo que la había visto actuar últimamente?

En el Corinto.

Ah, sí, ahora lo recuerdo.

¿Sabe dónde está?

Es el *night-club* de la 56th Street, ¿no?

—Sí.

—¿Sabe de algún otro lugar donde también hubiera actuado en las últimas semanas?

—No. Pero si quiere hacer preguntas acerca de ella, visite cualquier *night-club* de la ciudad. En todos creo que ha llegado a actuar. —Sí, era muy conocida aquí, en San Diego.

—Se la llamaba «La rubia de oro». Y con toda razón Su pelo rubio era del color del oro. Estaba muy orgullosa de él. De hecho, ha sido lo único que le ha quedado intacto después del accidente — hizo una mueca el encargado-jefe de la Morgue.

—Está bien. No le voy a molestar más...

—Oh, no se preocupe, señor Madox. Tengo todo el tiempo que usted quiera. Los muertos apenas dan faena. Y si no se les atiende, no protestan.

—Seguro.

—Mire usted, yo padezco del corazón desde hace varios años. Pues bien, si fuera el encargado-jefe de una guardería infantil, hace ya mucho tiempo que estaría enterrado. En cambio, aquí me encuentro en la gloria. Un trabajo tranquilo, sereno, sin alborotos ni rencillas. Eso sí, de vez en cuando algún familiar del muerto se desmadra histéricamente, pero yo ni entro ni salgo; no tiene nada que ver conmigo; no es de mi responsabilidad. Sí, señor Madox, me va muy bien aquí.

—No lo pongo en duda —le sonrió el policía, dándole una palmada en la espalda—. Bien, le voy a dejar con su envidiable trabajo. Gracias por todo. —No hay de qué.

CAPÍTULO V

Louis Carpenter, el propietario del *night-club* Corinto, se comportó muy amablemente con él.

Le pasó a su despacho, le acomodó y le ofreció un *whisky* con hielo.

Entretanto, fuera, los empleados ponían el local en óptimas condiciones para cuando se abriera, una hora más tarde.

—Sí, en efecto —reconoció Louis Carpenter, tomando asiento—. Marian Clayton estuvo actuando en este local el mes pasado. Exactamente, la última semana del mes pasado.

¡Oiga, no me lo puedo quitar de la cabeza! ¡Marian Clayton muerta! ¡Parece increíble!

—¿Qué me puede contar acerca de ella? —le preguntó Mike Madox.

—Hombre, no sé.

—¿Cómo que no sabe?

—Quién mejor le podría informar sobre ella es su *manager*, Ray Milton.

—Lo sé. Pero tengo entendido que se encuentra en Los Angeles.

—Ah.

—De todas formas, me interesa su opinión.

—¿Ocurre algo raro, señor Madox? —interrogó el dueño del Corinto, arqueando una ceja.

—Nada en absoluto. Sólo es pura rutina policial. Hay que rellenar el expediente.

—Bien, bien. Estoy a su disposición.

—Vamos allá. —Mike Madox bebió un largo trago—. ¿Qué opinión le merecía Marian Clayton?

—Era una mujer simpática, alegre, con una gran

profesionalidad. No tenía mal carácter y uno hacía rápidamente buenas migas con ella.

—¿Cómo la encontró los últimos días que estuvo trabajando para usted?

—Como siempre. Era muy dada al chiste fácil y a las bromas, pero nunca sin sobrepasarse. Hablaba constantemente de sus perritos. Creo que tenía dos caniches. Se refería a ellos como si fueran sus propios hijos. Ya sabe, manías de artistas.

—¿Qué amistades frecuentaba?

—No sabría decirle.

—¿Cómo es eso?

—Mis relaciones con ella no pasaban de ser las vulgares de un empresario-artista.

—Entiendo.

—De todas formas le puedo decir que en los días que estuvo actuando aquí, sólo la vi con Ray Milton.

—¿Le conoció algún vicio?

—¿Se refiere usted al alcohol?

—Sí. Alcohol, o cualquier otra cosa.

Pues no.

¿Su estado de ánimo siempre era normal?

Yo siempre la encontré normal.

Ya veo que sabe poco de ella.

Le dije antes que era mejor que hablara con Ray Milton.

Me interesa conocer distintas opiniones.

—Incluso creo que tiene una hermana.

—¿Marian Clayton? —Se hizo el despistado.

—Sí. Lo oí una vez comentar.

—Vayamos a eso, ya que no sabe apenas nada a título personal.

—¿A qué se refiere?

—A los comentarios. ¿Qué ha oído decir de ella?

—Yo... pues...

—Vamos, no vacile. Apuesto a que en este local se oyen muchos comentarios acerca de muchas personas.

—Sí, tiene razón. Pero eso es un tema peligroso, señor Madox.

—¿Por qué? —Apuró el contenido del vaso.

—¿Quiere más *whisky*? —Se puso en pie el dueño del local, dejando su vaso sobre una mesita cercana.

—No, gracias. Estando de servicio, con un *whisky* ya es bastante.

—Como quiera.

—Volvamos a lo de antes, amigo Carpenter. Mi pregunta era: ¿por qué?

Louis Carpenter se aproximó al policía. Se pasó una mano por el mentón.

—Mire, señor Madox. Todo lo que se cuenta por ahí no es verdad. Se dicen muchas mentiras. A mí no me gusta difamar a las personas. Y menos a los muertos. Y menos aún cuando éstos no me han hecho nada malo.

—Comprendo su punto de vista, pero lo cierto es que yo estoy realizando una investigación y usted ha de ayudarme en todo lo posible.

—Sí, sí...

—Lo que yo le pido no es nada imposible.

—Pero es que las cosas que he oído comentar acerca de Marian Clayton no he podido nunca comprobarlas. Así pues, no sé si son verdad o simples habladurías malintencionadas. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Sí, claro. Pero yo quiero saber todas esas cosas.

—¿Es preciso?

—Es mi deber saberlas... y su deber decírmelas.

Louis Carpenter retornó a su asiento. Cruzó una pierna sobre la otra y se quedó indeciso.

—Para su tranquilidad, le prometo que no las tomaré como ciertas —agregó el policía—. Me limitaré a comprobar lo que usted me confíe.

—Espero que todo esto sea confidencial.

—Téngalo por seguro.

—Bien. Cuando usted me habló de las amistades de Marian Clayton, me abstuve de contarle que por ahí se decía que ella era la actual amiga de Just Jackson.

—¿Just Jackson?

—Sí, el dueño de las fábricas de plástico *Green Point*. Uno de los hombres más importantes de San Diego.

—Sé quién es.

Pero yo nunca los vi juntos. Tal vez fuera un bulo, tal vez no. Lo cierto es que Just Jackson es un hombre muy dado a rodearse de

hermosas mujeres, preferentemente artistas del mundo del espectáculo. Y Marian Clayton cumplía esas dos premisas.

—Ajá.

—Pero yo nunca los vi juntos —insistió el dueño del local.

—Y aprovechando que ha salido el nombre de Just Jackson a colación... Por ahí se dice que es muy dado también a ciertos negocios sucios. Entre ellos, la cuota de protección.

¿Qué sabe de eso, amigo Carpenter?

—No sé nada —respondió rápidamente.

—¿De verdad?

—¡Se lo juro!

—Está bien. Dejémoslo.

Louis Carpenter esbozó una sonrisa de alivio.

—Volvamos a Marian Clayton. ¿Qué más ha oído decir acerca de ella?

—En cuanto a los vicios...

—¿Sí?

—Mmm...

—¿Por qué duda?

—Esto es bastante grave.

—Adelante. No tenga miedo.

—Bueno, me contaron que ella era aficionada a las drogas.

—Vaya.

—Me dijeron también que celebraba reuniones en su quinta de las afueras de la ciudad con otros drogadictos y que esas reuniones siempre terminaban en orgías y cosas parecidas, ya me entiende.

—Le entiendo, sí.

—¡Pero todo esto son cosas que comenta la gente en voz baja! ¡Yo no sé si son o no infamias! ¡Yo no quiero problemas!

—No los tendrá, señor Carpenter. Tranquilícese.

—Está bien.

—¿Hay algo más que pueda agregar a todo esto?

—Creo, creo que es todo.

—¿Cree o está seguro?

—En fin...

—¿Acaso sabe algún chisme más?

—Bueno, también se dice por ahí que...

—¿Qué?

Louis Carpenter se pasó una mano por la frente, limpiándose el incipiente sudor.

—Que Marian Clayton y su *manager* eran amigos íntimos. Vamos, que estaban liados. —Hum. Eso es interesante. ¿No habíamos quedado que Marian Clayton era la amiguita de Just Jackson?

—Sí.

—¿Y también de su *manager*?

—Sí.

Así pues, ¿era la amante de dos hombres?

¡No es seguro!

—Ya, ya.

—Resulta raro, lo sé. Yo también lo pensé, señor Madox. Pero hoy día todo es posible. —Me extraña mucho que un hombre como Just Jackson compartiera a su amante con otro.

—Y a mí me extraña mucho que Ray Milton, a quien conozco bastante, permitiera que Marian Clayton se acostara con Just Jackson.

—Tal vez no lo supiera.

—¿Cómo no lo iba a saber... si es cierto?

—Tiene razón.

—Bien, señor Madox. Ahora sí que ya se lo he dicho todo. —Le agradezco su colaboración, amigo Carpenter— se puso en pie el policía.

El dueño del local le acompañó hasta la puerta y allí se despidió de él.

CAPÍTULO VI

—¿Señor Lazenby? Soy Just Jackson, de San Diego.

—Ah, hola, Jackson. ¿Qué hay?

—Me he tomado la libertad de telefonarle a su domicilio particular porque hay un contratiempo. ¿Podemos hablar libremente?

—Sí, sí. ¿Qué ocurre, Jackson?

—Lamento tenerle que decir que esta noche no llegará la mercancía.

—¿Por qué? ¿Ha sufrido algún accidente su hombre de confianza, Andy Lorigan?

—No, no, no se trata de eso.

—¿Entonces...?

—Mi contacto en Ensenada no pudo enviarme ayer noche la mercancía.

—¿Por qué?

—Demasiada vigilancia de los guardacostas. Era peligroso.

—Ya.

—Esta noche lo volverá a intentar. Si no le telefono mañana noche es que Andy estará ahí con la mercancía.

—Muy bien, Jackson. Esperemos que todo salga perfectamente. Nosotros no podemos aguardar mucho tiempo, ya lo sabe.

—Sí, sí.

—También sabe que tenemos toda nuestra confianza depositada en usted, así que procure arreglar el asunto cuanto antes. Si es peligroso en estas fechas hacer el correo por mar, que lo intenten por tierra. La mercancía la necesitamos dentro de esta misma semana.

—La tendrá, señor Lazenby, la tendrá.

—Eso espero, por el bien de todos. Buenas noches, Jackson.

—Buenas noches, señor Lazenby.

Just Jackson colgó el auricular con cierto temblor de mano. Se acercó al mueble-bar y se entretuvo en preparar su cóctel favorito con el fin de calmar los nervios. Bebía el primer sorbo, cuando sonó el timbre de la puerta.

Se asomó al ventanal, con el vaso en la mano, y observó el coche que había detenido a cien yardas de allí, al otro lado de la verja. Era el deportivo que le había regalado a Andy Lorigan.

Pulsó el mando a distancia que hacía que la verja se abriera.

El coche entró en la finca. La verja se cerró automáticamente tras él.

Just Jackson salió de la estancia, cruzó un pequeño despacho y bajó unas escaleras de caracol que morían en el amplio *hall* de la casa de dos pisos.

Abrió la puerta y aguardó unos segundos. Andy Lorigan apareció al momento. Se saludaron y luego dijo Just Jackson:

—Vamos arriba.

Una vez acomodados en el salón desde donde antes había telefonado Just Jackson a Los Angeles, el primero en hablar fue el dueño de la casa:

—¿Qué noticias me traes, Andy, muchacho? —preguntó con voz llena de ansiedad.

Antes necesito un trago.

Sírvete tú mismo. He dejado en la coctelera una ración para ti.

Andy Lorigan avanzó hacia el mueble-bar.

—Pero ¿qué hay de esas noticias?

—No le van a gustar —dijo el joven, de espaldas a su jefe.

—¿Qué dices?

Andy Lorigan tomó la coctelera y escanció en un vaso cilíndrico. Se volvió, con él ya en la diestra.

—Los muchachos encontraron el coche.

—¿Dónde? —Ladró Just Jackson.

—En el aeropuerto —bebió un trago.

—¡Maldita!

—¿Sabe lo que significa eso?

—¡Hija de puta!

—Significa que nada más recoger la mercancía se largó hacia el

aeropuerto, dejó en el *parking* el coche y tomó un avión. En estos momentos debe estar muy lejos de aquí...

—¡No me martirices!

—Le estoy diciendo lo que ha ocurrido.

—¿Y qué más?

—En cuanto los muchachos me comunicaron la noticia, me trasladé allí. Registramos el coche, pero no encontramos nada. Luego, estuvimos interrogando a todo bicho viviente, soltando dólares como si fuéramos multimillonarios. Nadie la había visto.

—¡Pero algún avión debió tomar!

—Imagino que utilizaría nombre falso y peluca. Lo debía tener todo muy bien planeado.

—¡Maldita sea, no puede haberme ocurrido esto!

—También se hicieron las investigaciones en el puerto, en la estación de autobuses, en la estación central, por si acaso. El resultado fue negativo.

—¿Visitasteis a posibles compradores?

—A todos los conocidos. Y éstos a su vez se pusieron en comunicación telefónica con otros conocidos de ellos, a indicación nuestra. ¡Nada!

—Así pues, se debió largar con la mercancía.

—Con toda seguridad.

—¡Zorra! —Y el vaso que aún tenía en la mano lo lanzó con gran violencia contra una de las paredes, haciéndose añicos.

Andy Lorigan bebió otro sorbo, sin inmutarse.

—¿Telefoneó ya a Los Angeles? —preguntó.

—Sí.

—¿Y qué les ha dicho?

Se lo contó nerviosamente.

—Mal hecho —opinó Andy Lorigan—. Recuperar esa mercancía va a ser una empresa casi imposible. Y desde luego en un día no será.

—Me he precipitado, condenación.

—¡Claro que se ha precipitado! ¡Debía haberles contado la verdad!

—Esta mañana estuviste de acuerdo...

—No era tan pesimista como en estos momentos.

—¡Me la ha jugado bien esa pécora de Mirna Castle!

—Además, creo que, tal como están las cosas, lo mejor sería que lo supieran en Los Angeles. El asunto escapa ya de nuestras manos. El sindicato es el que debe actuar, moviendo sus tentáculos por el país, tratando de localizar a Mirna Castle. Todo esto caso de que no haya salido del país. Porque si se ha ido al extranjero...

Just Jackson se mesó los cabellos con evidente nerviosismo.

—¿Crees que debo telefonearles y rectificar?

—Si, pero...

—¿Qué?

—Van a pensar mal de usted. Primero les cuenta una cosa, luego otra. Se enojarán enseguida.

—¿Y qué hago, infiernos?

—La verdad, no lo sé. No se me ocurre nada en estos instantes.

—Si les telefono, pensarán mal. Si telefono a amigos de otras ciudades del país, rogándoles la búsqueda de Mirna Castle, enseguida pasarán aviso a Los Angeles y sabrán de ello. Si Mirna Castle no está ya en San Diego, como así parece, prácticamente me es imposible localizarla con mis propios medios. ¡Estoy cogido, maldita sea!

Andy Lorigan dejó el vaso sobre el mueble-bar y luego se encaró a su jefe.

—¿Qué le parece si lo consultamos con la almohada? —le preguntó con una sonrisa.

CAPÍTULO VII

—Ha sido usted muy amable viniendo al entierro y luego acompañándome hasta aquí —le sonrió agradecida, Lorena Clayton.

—La verdad es que quería volver a verla —dijo Mike Madox, mirándola fijamente.

Ella se apartó una guedeja de cabello de la frente.

—Y también quería hablar con usted, con más serenidad y detenimiento.

—¿Sobre qué?

—Sobre su hermana Marian, por ahora. Luego...

El policía dejó la frase en el aire, con una simpática sonrisa pintada en su rostro. —¿Sube a mi apartamento?— invitó ella.

—Sí.

Descendieron del automóvil de él y se encaminaron hacia el edificio donde vivía Lorena.

Tras saludar al conserje, se colaron en uno de los ascensores, que los dejó en la planta cuarta.

Lorena Clayton sacó un llavero del bolso y abrió la puerta 4D.

Pasaron al interior.

Ella le ofreció asiento en el *living* y luego desapareció por una puerta.

Mike Madox curioseó el *living* con la mirada, y al poco retornó ella, sin el bolso y calzando unas zapatillas de estar por casa.

—¿Quiere una copa, Mike? —preguntó.

—No, gracias. ¿Fuma usted, Lorena?

—Sí.

Mientras le Ofrecía la llamita de su encendedor, Mike dijo:

—Creo que podríamos tutearnos, ¿no te parece, Lorena? No somos tan viejos...

—¡Por supuesto! —rió ella, mostrando una dentadura blanca y bien delineada.

Tomó asiento en una butaca, a la derecha de Mike, quien había ocupado el diván.

—Y bien —cabalgó una pierna sobre la otra—, ¿de qué querías hablarme?

—De tu hermana, te lo dije antes.

—Sí, sí... Pero ¿no habíamos quedado que tú ya no tenías nada que ver con el asunto? —Bueno, verás... Mi jefe, el capitán Jacobs, me encargó ayer que elaborara un informe acerca de tu hermana, para cubrir el expediente. Y...

—¿Y?

—Y han surgido algunas cosas... raras.

—¿Qué quieres decir?

—En primer lugar quiero saber si estás dispuesta a mantener una conversación serena, seria...

—¡Claro que sí! —le interrumpió—. Si no, no te hubiera invitado a subir. Ya me tienes preocupada, ¿sabes?

—Lo siento.

—Dime, ¿a qué viene todo este largo preámbulo?

—He ido descubriendo cosas que posiblemente no te vayan a gustar.

—¿Sobre Marian?

—Sí.

Ella le acercó un cenicero que había sobre la mesita ratona, después de haber sacudido la ceniza de su pitillo sobre él.

—Gracias.

—¿Qué has averiguado?

Mike Madox tomó aire y dijo:

—Tu hermana iba drogada la noche en que murió.

—¡No!

—Así lo ha revelado la autopsia.

—Entonces, ¿la... la mataron?

—Por ahora no hay indicios de ello. Tu hermana era una drogadicta. Tenía en sus brazos numerosas marcas de pinchazos. Aparte, he recogido por la calle comentarios que apuntan hacia ese vicio.

—Oh, no. Es... es espantoso.

—También parece que organizaba reuniones en su quinta, reuniones poco decentes...

¿Qué sabes de todo esto, Lorena?

—Yo... ¡todo esto me pilla de sorpresa!

—¿No sabías nada?

—No. Palabra.

—¿Ni siquiera alguna sospecha?

—Bueno, ahora que lo dices...

—¿Qué?

—Recuerdo que una noche me presenté en su quinta porque me había prometido dejarme un traje de noche para un compromiso de cena que tenía. Recuerdo que había allí varias parejas, hombres y mujeres muy extraños, que ella ni siquiera se molestó en presentarme, y ellos apenas me saludaron. Pensé que eran artistas como ella, tomé el vestido y me fui. ¿Crees tú que esa gente estaba allí para una de esas reuniones que antes apuntabas?

—Posiblemente.

—Me parece imposible. Marian...

—Incluso se descubrió un sobrecito de plástico con heroína en el coche.

—Pero... pero ¿a dónde lleva todo esto?

—Por el momento, a ningún lado.

—¿No me engañas, Mike?

—Te estoy diciendo la verdad. Sólo ocurre que hay cosas raras en torno a tu hermana, pero no hay ninguna evidencia clara.

—No lo entiendo.

—Mira. Podemos suponer que tu hermana aquella noche se drogó y luego decidió salir con el coche no sabemos a dónde. Sus reflejos le fallaron en una de las curvas de Linda Vista Road, y se estrelló contra un árbol, tras salirse varias yardas de la carretera.

—Entonces, ¿qué investigas tú?

—Cosas sueltas.

—Sigo sin entender, Mike. Pienso que me estás ocultando algo.

—No te voy a ocultar nada, porque ahora te voy a contar otra de las cosas que he averiguado acerca de tu hermana Marian.

Esta vez fue Mike quien, tras sacudir su cigarrillo, le acercó el cenicero a ella.

—¿De qué se trata?

—Parece ser que tu hermana tenía relaciones con Just Jackson.

—¿Just Jackson?

—¿No has oído hablar de él?

—No.

—Es un hombre importante de San Diego.

—¿Un hombre rico?

—No sólo eso.

—Explícate mejor.

—La policía cree que es el número uno del sindicato en esta ciudad. —¿El sindicato... del Crimen?

—Cuando un policía habla del sindicato, no se refiere más que a ése.

—Mi hermana con un *gángster*... ¡Es imposible!

—Así parece, Lorena. Al menos, los han visto cenar juntos. ¿Tampoco tenías noticias de esta relación?

—No. Mi sorpresa ha sido totalmente sincera.

—Aún hay otro hecho extraño.

—¿Cuál?

—Tu hermana también mantenía relaciones con su *manager*.

—¿Con Ray Milton?

—Sí.

—Bueno, esto ya no me sorprende tanto —se aproximó al cenicero y apagó el cigarrillo—. Siempre estaban juntos y parecían entenderse bien.

—Pero resulta un tanto raro que fuera la amante de dos hombres a la vez, sobre todo conociendo a Just Jackson, un hombre posesivo, ambicioso, incapaz de compartir nada con nadie...

—Ya.

—Bien. Creo que te he explicado, más o menos, los hechos extraños que circundan a tu hermana.

—¿Y exactamente qué es lo que la policía pretende?

—Mi jefe y yo pretendemos encontrar, a través de la muerte de tu hermana, algo que nos lleve a Just Jackson —estrujó el pitillo en el cenicero—. Algo que nos permita meterle mano.

—¿Cómo qué?

—Eso es lo malo. No tengo ni idea.

—Mal asunto.

—Lo sé. Es como ir a ciegas.

Se hizo un breve silencio entre los dos. Ella cambió de postura. El dijo:

—De todo lo que te he contado no sabías nada, ¿no?

—Así es. Sólo sospechaba lo de Ray y ella. Era algo que entraba dentro de la lógica.

—Entonces, hablame de lo que sabes de tu hermana.

—Sé muchas cosas, Mike, y creo que nada de ello te serviría. Son recuerdos agradables, imborrables, desde nuestra niñez hasta ahora. Marian era una chica alegre, extrovertida, que desde muy joven sintió el imán del canto y a ello se dedicó con todo su empeño, a pesar de la oposición de nuestros padres. Gracias a su fuerza de voluntad y a su buena voz, logró situarse. Luego, a raíz de su unión a Ray Milton, comenzó a actuar por todo el estado, con bastante éxito...

—Perdona que te interrumpa. Háblame de Ray Milton.

—Es un hombre correcto, cordial. Lo he tratado poco, pero siempre me ha causado buena impresión. Es un hombre muy metido en el mundo del espectáculo, tiene buenos contactos y ha ayudado mucho a Marian.

—Por cierto, no se encontraba en el entierro, ¿verdad?

—No, no estaba allí. Ya te dije que había ido a Los Angeles para conseguir algunos contratos... Le telefoneé anoche, por si ya había vuelto, pero nadie cogió el aparato. Esta mañana, antes de salir, le volví a telefonar, y de nuevo nadie contestó. Así pues, aún debe continuar en Los Angeles.

—¿Y no hay manera de localizarlo allí?

—No sé a qué hotel habrá ido. La policía sí podría encontrarlo.

—Sí, claro.

—¿Crees que él pueda saber algo?

—No me extrañaré. Pero volvamos a tu hermana. ¿Cómo la habías encontrado últimamente?

—Bien, como siempre. ¡Me cuesta una barbaridad creer que era una drogadicta!

—Imagino que debe ser duro, pero...

—¿No hay alguna posibilidad de error?

—Sinceramente, no. El médico forense es un hombre competente.

Lorena Clayton agachó la cabeza, compungida.

—¿Cuándo la viste por última vez? —le preguntó Mike Madox al rato.

—Hace... hace cuatro días.

—¿De qué hablasteis?

—De cosas intrascendentes —alzó la mirada—. De cosas de mujeres.

—¿Nada extraño? ¿Nada llamativo?

—No. Estaba de vacaciones, después de haber actuado en el Corinto, y ese mismo día Ray se había marchado a Los Angeles. Vino aquí, a mi apartamento. Estuvo ahí sentada, tan alegre y divertida como siempre. ¡Oh, Mike! ¡Es, es horrible!

Rompió a llorar, y Mike se mordió el labio inferior, contrariado. Comprendía que se estaba excediendo en su machaconeo de preguntas, pero...

Se puso en pie y se aproximó a ella, sentándose sobre un brazo de la butaca.

—Vamos, tranquilízate, Lorena. Lamento este acoso por mi parte, estando todo tan fresco, pero es necesario. No puedo dejarlo para dentro de una semana o dos... Ella sacó un pañuelito de una de las mangas de su vestido, y se secó las lágrimas. —Sí, lo entiendo, Mike... Yo deseo que todo esto se aclare y... y si hay algo sucio en el accidente de mi hermana, que sea descubierto.

—Celebro que lo comprendas.

—También he de decirte que... que tres días... sí, hace tres días me llamó por teléfono.

Me dijo que iba a pasar el día a Chula Vista...

—Espera.

—¿Sí?

—Aclárame exactamente las fechas. ¿Qué día te llamó por teléfono?

—Hace tres días.

—¿Estás segura? Antes parecías dudar...

—No, no. Estoy segura.

—Muy bien. ¿Y qué día iba a Chula Vista? Ese mismo día o al siguiente.

—Al siguiente, al siguiente. Lo recuerdo porque me propuso que intentara excusarme del trabajo y me fuera con ella.

—Vaya.

—¿Qué?

—Bueno, si te invitó es que no debía tener ningún compromiso.

—¿En qué pensabas?

—Imaginaba que tal vez tuviera alguna cita en Chula Vista. Alguna cita comprometida. Pero si así hubiera sido, no te habría invitado a acompañarla. De todas formas, podemos deducir que ella pasó el día ese en Chula Vista y que a la madrugada siguiente murió. Ahora bien, ¿regresaba de Chula Vista cuando se mató... o bien acudía desde su quinta a algún sitio? Y otra cosa, ¿dónde se drogó? Nadie se administra una dosis cuando se monta en el coche. Pienso que debió acudir a alguna reunión y que luego, no del todo recuperada, tomó el coche y...

Mike Madox no terminó la frase. Quedóse pensativo. La miró a ella y ella le miró a él.

De repente, dijo:

—Creo que deberíamos ir a la quinta de tu hermana.

—¿Por qué?

—Tal vez encontremos allí algo.

—¿Quieres hacer un registro?

—Sí, si tú me das permiso. Pienso que entre nosotros no hace falta un mandato judicial. Tú debes sentir el mismo interés que yo.

—De acuerdo. Tengo llave, igual que ella tenía una mía de este apartamento.

—Entonces, pongámonos en marcha.

Mike Madox se puso en pie. Ella le imitó y fue por sus zapatos y su bolso.

Una vez en la calle, ya en el coche del policía, ella le dio la dirección:

—540 de Balboa Avenue.

Mike Madox se dijo que sí, que ésa era la dirección que había en los documentos de Marian Clayton. Metió la primera y arrancó.

Salieron a la Helix Freeway y rodaron hacia Broadway. Antes de llegar a ésta, giraron a la derecha, por la nacional 805, que cruza toda la ciudad, y siguieron hacia Clairemont. Cruzaron por encima del San Diego River, que iba a morir al Pacífico, y más tarde atravesaron la Cabrillo Freeway, dejando a la derecha el Montgomery Field. En todo ese tiempo no despegaron los labios.

—A la izquierda está la quinta de mi hermana —le indicó al rato

ella.

—Si.

Mike Madox viró el volante, tomando la Balboa Avenue, y recorrieron un breve trecho, hasta que ella gritó:

—¡Ahí!

La primera sorpresa se la llevaron cuando llegaron a la cancela y la vieron abierta.

Caminaron por el sendero de gravilla comentando este suceso.

Luego, ya ante la puerta de entrada a la finca, Lorena abrió con la llave.

Entraron.

Lorena le dio al interruptor de la luz y el vestíbulo se iluminó.

—¿Por dónde quieres que empecemos? —preguntó ella.

—Dirige tú —cedió él.

—Bien. Lo haremos por...

Se vio interrumpida por un extraño chasquido, que sonó claramente en el silencio de la casa.

—¡Ha sido una ventana al abrirse! —exclamó Lorena, muy segura.

Mike Madox actuó entonces con gran rapidez y acierto. Abrió la puerta y se asomó.

Vio al hombre correr hacia la salida.

Sonriendo satisfecho por su presentimiento, salió en pos de él.

Le dio alcance antes de llegar a la cancela. No se podía comparar la agilidad de movimientos y potencia del policía Con las del hombre que huía.

Cayó sobre él en un perfecto *plongeon*. Los dos volaron unas pulgadas, salvando el sendero de grava, y yendo a parar sobre el cuidado césped.

El desconocido resultó ser un tipo escurridizo y logró zafarse del policía.

No contento con eso, intentó propinarle una patada, pero Mike estaba atento y sus dos manos hicieron presa en el pie del agresor.

Lo volteó violentamente. El desconocido soltó un taco y fue a parar contra un macizo de rosas que hizo polvo con su peso.

Mike Madox no le dio respiro, ni a él ni a las flores, y los dos rodaron sobre ellas. Al final pareció que por allí había pasado una apisonadora.

El policía logró alcanzar el mentón de su antagonista con su puño derecho. El otro le replicó con un rodillazo en el bajo vientre.

Los dos se quedaron de rodillas, cara a cara. El desconocido le lanzó su izquierda y Mike creyó que le abrasaban el pómulo derecho.

El desconocido se dijo que aquél era el momento de rematar la faena y decidió cabecearle el plexo solar, en una embestida de toro bravo.

Su sorpresa fue mayúscula. A medio camino se encontró con un inesperado y alucinante gancho que a punto estuvo de separarle la cabeza del tronco. Lanzó un bestial aullido de animal herido y se derrumbó como un pesado fardo, con los ojos en blanco.

Mike Madox, jadeante, se miró el despellejado puño. Había puesto toda su fuerza en aquel golpe y a fe suya que le había salido perfecto.

Se acercó a gatas al caído y le observó con más detenimiento. Sólo estaba inconsciente y no le conocía de nada. Se puso en pie y se lo cargó sobre un hombro, como si se tratara de un saco de patatas.

Bajo la marquesina de entrada le esperaba Lorena, muy asustada.

Con la mano libre, Mike tiró de los pelos del desconocido hacia arriba, mostrándole el rostro a la joven.

—¿Lo habías visto alguna vez, Lorena? —le preguntó.

Ella se llevó las manos a la boca y exclamó:

—¡Es Ray Milton!

CAPÍTULO VIII

Ella todavía se encontraba en la cama cuando él regresó al *bungalow*.

—¿A dónde fuiste, Paul? —le preguntó, estirando los brazos y desperezándose.

—Fui a ver si el encargado del motel ya había recibido los periódicos.

—Ya veo que traes uno.

—Es el de San Diego. Trae una noticia que nos interesa mucho.

El joven se tumbó sobre la cama sin preocuparse de quitarse los mocasines. Ella dejó a un lado la sábana que la cubría y se inclinó sobre él, besándole.

—Oh, vamos, olvídate ahora de los jueguecitos —se apartó él al instante.

—A veces pienso que eres un antipático —refunfuñó ella, contrariada.

—Llevamos ya seis meses juntos. En ese tiempo ya debes saber de una maldita vez lo que realmente soy. ¿O no?

—No sé por qué me uní a ti.

—¿Quieres que te lo explique una vez más? Tú eras una chica que iba haciendo autostop y yo un tipo que viajaba en un destartalado Chevrolet. Los dos nos habíamos fugado de casa, mandando al cuerno a nuestras respectivas familias. Yo te recogí cerca de Boise, Idaho, nos caímos bien y decidimos seguir juntos, viviendo a salto de mata. Unos nos llaman *hippies*, otros, *gamberros*... pero nosotros no tenemos ni idea de lo que somos. Sólo nos preocupamos de subsistir y de pasarlo lo mejor posible, sin ninguna clase de prejuicio. Y así estaban las cosas hasta la otra tarde...

—¿Te refieres a...?

—Sí, a la rubia que se cruzó en nuestro camino.

—¿Aún sigues pensando en eso?

—Claro que sí, Nancy.

—¡Olvidalo! —Y ella volvió a la carga.

—¡Apártate!

—¡Cerdo! —barbotó ella—. ¡Me has hecho daño!

—Lo siento, nena.

—¿Tanto te impresionó esa rubia tonta? —exclamó ofendida, acariciándose el brazo dolorido.

—No es eso, Nancy. Ella nos podía haber proporcionado unos buenos ingresos. Tú sabes que...

—¡Pero no nos los proporcionó!

—Cierto.

—Pues olvidémoslo y sigamos como antes.

—Pensaba hacerlo, tú lo sabes. Pero ahora no.

—¿Por qué?

—Mira esto —le entregó el periódico, ya abierto por la página de sucesos.

Nancy leyó con avidez. Conforme fue avanzando en la lectura sus ojos se agrandaron más y más.

Al final los dos se quedaron mirando fijamente.

Paul se decidió a contar los pormenores de la historia:

—La otra tarde conocimos casualmente en Chula Vista, a una mujer rubia que dijo llamarse Marian. A nosotros nos pareció una de esas mujeres aburridas que buscan compañía joven, aunque ella no debía sobrepasar los treinta y dos años. Charlamos sobre cosas intrascendentes, pero que en el fondo no eran tal. Ella nos tanteó muy hábilmente y enseguida se dio cuenta de que le íbamos. Aceptamos su proposición de fumar hierba juntos. Ella en su coche y nosotros en el nuestro, nos trasladamos hasta aquí, una pequeña área de recreo situada entre Bonita y Chula Vista, en la Bonita Road, junto al Sweetwater River. La hierba, por supuesto, la iba a poner ella, y eso fue lo que más nos animó. Se mostró todavía más generosa y pagó el alquiler del *bungalow*, pero sospechosamente no quiso dar su nombre y me largó a mí el dinero para que pagara y rellenara el libro de registro. Ya sabemos que a la gente bien, con cierta posición, no le gusta que se sepa de sus «locos devaneos», por

llamarlos de algún modo... Fumamos hierba, y luego ella sacó las bolsitas de heroína y los utensilios para inyectarse, y al final ninguno de los tres supo bien lo que hizo. Todos sufrimos alucinaciones, todos hicimos burradas, todos dijimos insensateces... Pero hubo algo que, una vez me encontré solo contigo y ya espabilado, me sonó a congruente. Ella había hablado, entre delirios, de que a partir de esa noche ya no tendría que pagar por la droga en una larga temporada, tal vez años. Tendría toda la que quisiese. Y eso lo iba a conseguir esa misma noche, en el embarcadero de La Jolla, al norte de San Diego... Discutimos entre los dos, tú mantenías que eso sólo había sido una alucinación más, pero al final yo logré convencerte de que valía la pena intentarlo. Desgraciadamente sufrimos un pinchazo en el camino y, antes de llegar al embarcadero, nos cruzamos con su coche Pontiac. Dimos la vuelta y fuimos tras él. Pero la suerte no estuvo con nosotros y por Mission Bay le perdimos el rastro. Por más vueltas que dimos por los alrededores, no lo volvimos a ver. Al final lo dejamos estar y regresamos aquí. Ella nos había dejado suficiente dinero como para pagar el alquiler del *bungalow* durante unos días. Acepté tu proposición de quedarnos y divertirnos... hasta que he leído esa crónica de sucesos —concluyó, poniendo mucho énfasis en las palabras.

Ella miró de nuevo la página de sucesos y luego se humedeció los labios con la puntita de la lengua.

—Aquí viene una foto de ella —dijo quedamente—. Parece mentira que haya muerto.

—Deja los sentimentalismos a un lado, Nancy. Lo importante es otra cosa.

—¿Qué?

—Ahora sabemos su nombre completo.

—Sí. Marian Clayton. Cantante profesional.

—Y también su dirección.

Ella bajó la vista una vez más. Leyó:

—540 de Balboa Avenue, San Diego.

—Eso es —sonrió Paul.

—¿Qué pretendes? El tomó el periódico.

—Mira, aquí no dice nada sobre un alijo de drogas.

—¿Y por qué habría de hablar de un alijo de drogas?

—¡Pareces tonta!

—¡Paul!

—¡Eso era lo que ella iba a conseguir esa noche! ¡Un alijo de drogas! ¡Estoy seguro!

—Creía que eso ya era agua pasada.

—¿Cómo agua pasada?

—Entendiste mal, o tal vez ella imaginó...

—¡No! ¡Seguro que no!

—¿Y bien, Paul?

—Si ese alijo no se le ha encontrado encima, en algún sitio debe estar.

—Tal vez no lo recogiera.

—Vimos su coche, recuérdalo.

—Sí, es verdad.

—Ese alijo lo debió dejar en algún lado. Posiblemente en su casa...

—¿Estás insinuando que...?

—Que vamos a ir a su casa, sí —los ojos de Paul brillaron intensamente.

—¡Paul, tú...!

—¿No lo comprendes, nena? Si ese alijo es tan importante como ella mencionó, nos puede hacer ricos. A mí no me interesa la droga, palabra. Ya sabes, tú y yo con hacer algún «viaje» de vez en cuando nos conformamos. Pienso en esa droga para sacarle dinero. ¡Dinero!

—Tal vez nos metamos en un feo asunto...

—Vamos, no tengas miedo. Estoy convencido de que del embarcadero fue a otro lugar. Y en ese lugar dejó el alijo de drogas. Luego, se estrelló.

—¿Por qué?

—¿No has leído toda la información completa?

—Sí.

—Pues hoy no estás tú muy ducha en matemáticas. Yo enseguida he sumado dos y dos.

—¿A qué te refieres?

—Ahí viene también el resultado de la autopsia, y el periodista, por su cuenta, dice que, salvo sorpresas de última hora, el accidente se debió a que Marian Clayton iba atiborrada de droga.

—¿Y?

—Marian Clayton estuvo con nosotros hasta el anochecer. Fumó hierba y se inyectó, cierto, pero en ningún momento se atiborró. Tampoco lo hicimos nosotros. Y es más, cuando se largó de aquí lo hizo en perfecto estado. Salió de aquí como nueva.

—Eso significa que ella debió ir a algún sitio.

—Exacto, nena. Y allí pudo dejar muy bien el alijo de drogas.

—Y piensas que ese sitio es su casa.

—Es una posibilidad que debemos explotar. Tal vez nos llevemos un sonado fracaso, pero creo que debemos intentarlo.

—A lo mejor está la policía por allí.

—¿Por qué? Lo sucedido no es un hecho delictivo. Y por otro lado tampoco ellos deben saber nada del alijo.

—O familiares...

—Vamos, Nancy, deja de poner inconvenientes. Dime sinceramente: ¿estás decidida, sí o no?

—¿Por qué no intentas convencerme? —Entreabrió las piernas muy significativamente.

CAPÍTULO IX

Se encontraban ya en un amplio salón de la casa. Lorena Clayton acariciaba suavemente a los dos caniches de su hermana, que habían hallado en un pequeño cuarto de trastos, ladrando lastimeramente.

—Pobrecitos —susurraba—. Deben estar muertos de hambre. Ya habían terminado con las existencias que les dejó mi hermana...

Por otro lado, Ray Milton ya se había recuperado y miraba con cara de pocos amigos al policía.

Mike Madox había desparramado sobre una mesa todo lo que había encontrado en los bolsillos de Milton en el registro efectuado mientras éste estaba inconsciente.

—Bien, Milton —dijo Mike Madox, después de enseñarle su credencial—. ¿Desde cuándo se encuentra usted en San Diego?

—¡Oiga, no estará usted pensando que...! —exclamó, saltando de la silla.— ¡Siéntese! —le cortó el policía, dándole un empujón que lo devolvió a la silla.

—Está bien —trató de serenarse Ray Milton—. He venido de Los Angeles esta misma mañana.

—¿Qué medio de transporte ha utilizado?

—Mi coche.

—¿Y puede demostrar eso?

—En el hotel en que he estado estos días le pueden confirmar que cancelé mi cuenta este amanecer...

—Pero eso no significa que estuviera allí...

—En recepción me han visto salir y entrar todos los días.

—Estuvo en el Siroco, ¿verdad? —Tomó una carterita de fósforos de la mesa.

—Sí.

—Aquí viene el teléfono. Voy a llamar. —Hágalo.

Mike Madox se acercó al teléfono, descolgó el auricular, marcó el 213, prefijo de Los Angeles, y a continuación el número que indicaba aquella carterita de fósforos de propaganda del hotel.

Mientras el policía comprobaba la estancia de Ray Milton en el hotel Siroco de Los Angeles, Lorena se llevó a los dos perritos consigo, a la cocina, y allí les preparó un banquete por todo lo alto con los alimentos apropiados para canes que encontró.

Cuando Mike Madox colgó el auricular, Ray Milton le sonreía con suficiencia.

—¿Satisfecho? —le dijo.

—Está claro que usted estuvo en Los Angeles —reconoció el policía—. Pero también está claro que usted, nada más llegar a San Diego y enterarse de la muerte de Marian Clayton, posiblemente por el periódico, en vez de dar la cara y comportarse de una manera lógica, presentándose ante su hermana, dando el pésame, etc., se ha venido directamente aquí... ¿con qué fin, Milton?

—Bueno, yo... Eeee...

—¿Por qué vacila tanto?

Ray Milton miró hacia la puerta por la que había desaparecido Lorena y luego clavó sus ojos en el policía.

—¿Sabe que ha cometido allanamiento de morada? —añadió Mike Madox.

—Verá... —Humedeció los labios—. Yo mantenía relaciones con ella, ¿sabe?

—¿Y?

—Bueno, yo había venido a... a recoger mis cosas...

—Ajá.

Mike Madox recorrió con la mirada los objetos personales encontrados en los bolsillos de Ray Milton. Cogió un par de bolsitas de plástico y las colocó ante los ojos del *manager* de la cantante muerta.

—¿Éstas son «sus cosas»?

—Ejem... Yo...

—¿Por qué no habla? ¿Se le ha hecho un nudo en la garganta?

—Quería decirle que... que venía a recoger mis... mis ropas... mis cosas personales... Sí, todo eso...

—Ah, ya —sonrió burlón el policía—. Por eso usted no llevaba

nada de eso encima cuando lo atrapé.

—Bueno, oí ruido, creí que serían unos ladrones, tuve miedo y huí...

—Sin llevarse nada.

—Eso es.

—¿Y estas bolsitas de plástico?

—Son...

—¿Qué contienen?

—Sacarina. Soy diabético.

—Ajá. Y las lleva encima para endulzar sus alimentos, bebidas...

—Eso es.

Ray Milton alzó una mano para tomarlas, pero el policía no le dejó.

—¿Sabe que una bolsita igual a éstas se encontró en el coche de Marian Clayton?

—¿Sí?

—Y Marian Clayton no era diabética.

—¿No?

—Era una drogadicta.

—¿Qué?

—Y estas bolsitas no contienen otra cosa más que heroína.

—¿De verdad?

—¡Ya está bien de hacer el payaso, Milton! —Le atrapó por el cuello de la camisa el policía y lo levantó del asiento. Con la otra mano, con la que cogía las bolsitas, le arreó un guantazo—. Así que sacarina, ¿eh, estúpido?

—¡No me pegue!

—¿Ah, no?

—¡Por favor...!

En eso, regresó al salón Lorena.

—¿Qué ocurre, Mike? —preguntó.

—El muy pillo no parece muy dispuesto a colaborar...

—Lorena, dile que no me pegue —le rogó Ray Milton, con una mejilla encendida por el guantazo.

—Mike... —dijo ella.

—Está bien —aceptó él devolviéndolo de nuevo al asiento de un empujón. Tiró de mala gana las bolsitas sobre la mesa. Luego, se encaró al *manager* de la cantante muerta—: Si no colabora —le dijo,

señalándole con un índice—, le arrestaré. Puedo presentar un par de cargos contra usted. Allanamiento de morada, posesión ilícita de droga...

Lorena Clayton avanzó hacia ellos.

—Haz el favor de ayudar, Ray —le pidió—. Hazlo por mi hermana, si realmente la querías algo.

—Como habrá visto, Milton, sabemos de la debilidad de Marian por las drogas. ¿Eran de ella estas bolsitas?

—Sí —agachó la cabeza.

—¿Y por qué las tenía usted?

—Bueno, yo acababa de cogerlas... Sí, vine a la casa por ellas. Yo también... también soy aficionado a ello, a drogarme... Pero no regularmente, como ella; sólo alguna que otra vez. Pensé que tenía que recoger las bolsitas antes de que alguien las descubriera. Era una forma de ayudar a Marian... y a la vez una forma de aprovisionarme para futuras ocasiones. Tuve mala suerte. Lorena y usted llegaron cuando ya pensaba irme. Unos minutos más que hubieran tardado...

—¿Eso es todo?

—¡Eso es todo! ¡Lo juro!

—Yo creo que es sincero —opinó Lorena.

—Bien. Vamos a aceptar esa historia.

—No hay más, de verdad.

—Ahora vayamos a otras cosas, Milton.

—¿Sobre qué?

—Usted mismo ha dejado entrever que mantenía relaciones íntimas con Marian, ¿no?

—Sí.

—Incluso tenían una misma debilidad: la droga. —Sí.

—¿Participaba usted en esas reuniones que celebraba Marian aquí?

—¿También sabe eso...?

—¡Conteste!

—Bueno, sí, algunas veces. —¿Qué quiere decir?

—Ya le he dicho antes que yo no era tan aficionado a la droga como ella. Marian celebraba reuniones de ese tipo todas las semanas. Yo acudía un par de veces al mes. —¿Quiénes acudían a esas reuniones?

—Gente joven.

—¿Conocidos?

—La mayoría de las veces, no.

—¿Y quiénes había entre los conocidos?

Compañeros y compañeras del mundo del espectáculo...

—¿Y los que eran desconocidos para usted, también lo eran para Marian?

—En parte sí.

—Explíquese mejor.

—Bueno, eran jóvenes que reclutaba exclusivamente para eso. Casi nunca eran los mismos.

—¿No había nadie que usted viera siempre, aparte de Marian?

—Sólo las amistades...

—Deme sus nombres.

—Oiga, yo...

—No se preocupe. No le involucraré en el asunto.

—Ah, bien.

—Pero no se lo merece. Vamos, dispare.

Mike Madox fue apuntando en una libretita que sacó de su chaqueta los nombres que dictaba Ray Milton. Dos hombres y tres mujeres.

—Aún me falta otro nombre, Milton —dijo el policía.

—¡Sólo recuerdo esos cinco!

—No me refiero a las amistades de Marian Clayton que acudían a esas reuniones.

—¿Entonces...?

—Ahora quiero saber el nombre de la persona que le proporcionaba la droga. ¿Quién le vendía esas bolsitas de plástico con heroína?

—Mire, eso...

—¡Quiero el nombre!

—Puedo verme en serios problemas. Esa gente que trafica con droga es peligrosa. Si saben que les he delatado a un policía.

—No lo sabrán.

—Usted ya me lleva hechas muchas promesas, y no estoy seguro de que vaya a cumplirlas todas.

—Tenga por seguro que la de encerrarle, sí la voy a cumplir... a menos de que colabore.

- Está bien, maldita sea.
- Escupa lo que sepa, Milton.
- Hay un bar de alterne, el

Doll's

, que es propiedad de una *vedette* que hizo furor a finales de los años cincuenta. Sylvia Cummings. ¿Oyó hablar de ella?

—No. Siga.

—Ella... Sylvia Cummings se dedica también, usando el bar como tapadera, a la venta de drogas. Allí acudimos cuando necesitamos...

—¿Dónde está ese bar?

—En el cruce de Imperial Avenue y la 27th Street. ¿Va a ir allí?

—Por supuesto que iré.

—¡No me nombre para nada!

—Tranquilo, Milton.

—¿Puedo recoger ya mis cosas?

—Aún no.

—¿Acaso quiere saber algo más?

Sí, Milton. Hasta mis oídos han llegado comentarios acerca de unas relaciones entre Marian y Just Jackson.

—¿Qué?

—He dicho Marian y Just Jackson. ¿Sabe quién es Just Jackson?

—Sí.

—¿Sabe lo que «realmente» es Just Jackson?

—Se dicen muchas cosas por ahí.

—¿Era cierto que Marian y Just Jackson salían juntos?

—Bueno, sí.

—¿Y qué más?

—Lo que usted ha dicho: salían juntos.

—¿Sólo eso?

—Iban juntos a cenar, a las salas de fiesta, al cine... Cosas así.

—¿Sólo eso?, insisto.

—Pero ¿qué infiernos quiere que le diga?

—No tenga reparos porque Lorena se encuentra delante.

—Usted está muy equivocado, poli.

—¡No me llame poli!

—Okey. Perdona. ¿Me dijo que se llamaba Mike Madox?

—Sí.

—Pues bien, señor Madox. De lo que usted está pretendiendo darme a entender, nada de nada.

—Entonces. ¿Marian y Just Jackson no pasaban de ser unos simples amigos?

—En efecto.

Mike Madox hizo una pausa. Meditó. Lorena aprovechó para decir:

—Pero Just Jackson, según tengo entendido, es un hombre al que le gusta estar rodeado de mujeres hermosas.

—Tú lo has dicho, Lorena. Le gusta estar rodeado de mujeres hermosas. Pero nada más.

—¿No intenta sacar partido...?

—No.

—Eso no concuerda con lo que se dice por ahí.

—Lo sé. Todo el mundo piensa que Just Jackson se las lleva también a la cama.

—Pero no es así.

—Exacto.

—Vaya.

—A mí me gustaba tu hermana, la quería a mi modo... ¿crees que le hubiera dejado hacerle el amor a ese cerdo?

—Pero no te importaban sus reuniones...

—Yo también participaba en ellas de vez en cuando. Y además, eso era distinto.

—Si tú lo ves así...

Entonces terció Mike Madox:

—¿Cuándo conoció Marian a Just Jackson?

—Hará cosa de un mes... Sí, a primeros del mes pasado. El asistió a una de sus actuaciones. Por medio de su brazo derecho, Andy Lorigan... ¿le conoce?

He oído hablar de él. Tengo referencias tuyas.

—Pues bien. El le llevó una invitación de su patrón a Marian. Ella aceptó y así empezó la cosa.

—¿Usted no puso ningún impedimento?

—¿Por qué? Sabía cómo iba a discurrir la cosa.

—¿Cómo es eso?

—Yo estoy muy bien relacionado en este mundo del espectáculo —sonrió con jactancia—. Algunas chicas me habían comentado

acerca del comportamiento de Just Jackson. Un hombre todo amabilidad, que siempre paga todas las cuentas y que encima hace regalos costosos. Todo eso a cambio de acompañarle a los lugares públicos. Y al final, cuando se cansaba de la chica, la recompensaba muy generosamente... Si Marian aceptaba ese juego estúpido, ¿por qué iba yo a oponerme? Just Jackson se encargó de hacerle los regalos que a mí me hubiera gustado hacerle. ¡Y no le tocó un pelo!

—¿Había terminado ya su relación con él?

—Sí, precisamente la otra semana, cuando terminó su contrato con el Corinto.

—¿Y cómo la recompensó?

—¡Qué pregunta!

—Conteste.

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—Eso he dicho. Marian sólo me dijo que había terminado con él y nada más.

—Pero usted ha hablado antes de una generosa recompensa...

—Eso me contaron las chicas con las que hablé...

—¿Y no sintió curiosidad por saber de qué se trataba esa recompensa?

—Sí, pero no quiso decírmelo.

—Ya.

—Lo siento, señor Madox. ¿Algo más?

—Supongo que Marian le contaría algunas anécdotas sobre su relación con Just Jackson.

—Bueno, sí.

—¿Qué hay de eso?

—Todo eran estupideces. Yo ya sé por dónde va usted, señor Madox. Le aseguro que Just Jackson no dio ningún paso en falso con Marian. Sus negocios, tanto los limpios como los sucios, nunca salieron a relucir estando con ella.

—Veo que me ha entendido.

—Sé las ganas que la policía le tiene a Just Jackson.

—Está bien, Milton.

—¿Hemos acabado ya?

—Si no tiene nada más que agregar...

—Sé algo que tal vez pueda interesarle... a condición de que

olvide todo lo sucedido aquí.

—Tiene mi palabra.

—Es referente a las bolsitas.

—¿De qué se trata exactamente?

Esas bolsitas no son iguales a las que vende Sylvia Cummings.

—¿Está seguro? —Frunció el ceño Mike Madox.

—Sí. Es algo que me llamó la atención nada más las vi. Luego lo olvidé, con la aparición de Lorena y de usted. Pero ahora lo he vuelto a recordar. Tal vez le resulte a usted interesante.

—Sí, es interesante —cabeceó el policía—. Ya le dije antes que encontramos una bolsita idéntica en el coche de Marian. Serán cuestión de cerciorarse en primer lugar. —Visite a Sylvia.

—Lo haré, sí, pero...

—Oh, no se preocupe. Yo no quiero saber nada de este asunto. No me gusta la policía, y menos los maleantes. No deseo problemas ni con unos ni con otros.

—De acuerdo, Milton. Espero que cumpla.

—Tengo otras cosas más importantes que hacer.

—Puede recoger sus cosas.

—Gracias —se puso en pie, sonriendo.

Ray Milton fue retornando a sus bolsillos todo lo que el policía había dejado sobre la mesa. Las bolsitas quedaron en poder de Mike Madox, por supuesto.

—Bueno, Lorena —se dirigió Ray Milton a la joven—. Lamento lo de Marian. De verdad que lo he sentido. A pesar de todo este... desagradable incidente. Sólo quería retirar la droga de la casa, y claro, de paso beneficiarme de ella, es justo que lo reconozca. En fin... Ya iré a depositar unas flores en su tumba. Adiós.

Le ofreció su mano y ella la aceptó. A Mike Madox le hizo un gesto de despedida con dos dedos.

Salió de la estancia, y poco después Mike y Lorena oyeron un portazo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella.

—Habíamos venido con la intención de registrar la casa. Eso es lo que vamos a hacer. ¿Te parece?

Le pareció.

El resultado fue totalmente infructuoso, y la labor hartó desagradable para Lorena, que en algunos momentos, al enfrentarse

a determinados objetos o fotos, no pudo evitar el llanto.

Al final, Mike decidió abandonar la casa.

—¿Te importa llevar a los perritos en el coche? —le preguntó ella.

—¡Claro que no! —rió él.

CAPÍTULO X

Andy Lorigan entró en el despacho de su jefe. Éste dejó el periódico que leía sobre la mesa escritorio y comentó, levemente impresionado:

—¿Te has enterado de la muerte de Marian Clayton?

—¿Quién?

—Marian Clayton, aquella cantante que salió durante una temporada conmigo.

—Ah, sí. ¿Qué le ha ocurrido?

—Se ha matado en un accidente de coche. ¡Pobre chica! ¡Era simpática!

—Vaya... —Andy Lorigan carraspeó—. Bien, jefe. He entrado para decirle que tiene visita.

—¿De quién se trata?

—Son dos. Dos enviados del señor Lazenby.

—¿Enviados del señor Lazenby? Creí que ya estaba todo claro después de la llamada que le hice esta misma mañana...

—No me han querido decir qué quieren.

—Está bien. Hazlos pasar.

Andy Lorigan desapareció, y al poco regresó tras dos hombres de aspecto corpulento y mirada aviesa. Saludaron fríamente a Just Jackson y tomaron asiento sin que se lo ofrecieran.

Andy Lorigan permaneció de pie, cerca de ellos, a la expectativa.

—Éste es Moss y yo soy Burns —dijo el de pelo rubio—. Nos hemos trasladado aquí por orden de nuestro patrón... y patrón suyo también.

—Mucha prisa se han dado —forzó una sonrisa Just Jackson.

—Hemos venido en vuelo directo desde Los Angeles —replicó el de pelo castaño—. El asunto lleva sello de urgencia, Jackson.

—Creo que ya se lo expliqué todo detalladamente al señor Lazenby esta mañana...

—Oh, sí —cabeceó Burns.

—Pero ayer le soltó otra historia —agregó Moss.

—Ya se lo dije. En un principio no creí que la cosa fuera grave. Pensé que lo solucionaría rápidamente. ¿Para qué inquietar al señor Lazenby? ¿Me comprenden ustedes? Sólo pretendía no poner nerviosos a los altos jefes de Los Angeles. Mi intención era buena.

—Eso es lo que hemos venido a comprobar, Jackson —dijo Moss—. Su intención.

—¿Acaso... acaso han pensado que yo., que yo...? —Fue incapaz de terminar.

—Que usted puede habernos traicionado —completó la idea Moss, sonriendo.

—El botín era muy succulento —agregó Burns—. Un millón de dólares.

—Millón de dólares que le fue adelantado —continuó diciendo Moss.

—Y que yo invertí, como siempre, en la mercancía.

—No lo ponemos en duda, Jackson —dijo Burns—. Pero ¿dónde está la mercancía?

—¡Esa pécora se la llevó!

—¿Seguro? —inquirió Moss, achicando los ojos.

—En vez de estar perdiendo el tiempo conmigo, debían estar buscándola a ella.

—No se preocupe —dijo Burns—. Todas nuestras delegaciones en el país están ya sobre aviso. La perfecta maquinaria del sindicato se ha puesto en movimiento. Si esa muchacha llamada Mirna Castle ha ido a algún lugar, daremos con ella.

—Entretanto —agregó Moss—, nosotros vamos a investigar sobre el propio terreno el suceso. Usted pertenece a la delegación de Los Angeles, Jackson, y dicha delegación ha de elaborar un informe sobre lo ocurrido. Los jefes confían en usted, pero también son conscientes de que usted es un ser humano, un tipo de carne y hueso, un fulano con ambiciones crematísticas... y que todo es posible.

—¡No...! ¡No pueden pensar eso de mí!

—Si realmente es inocente, Jackson, no ha de temer nada —le

enseñó los dientes Moss, en una sonrisa de perro de presa.

—Ahora, para empezar, vamos a revisar sus libros, sus cuentas, etc., etc., —dijo Burns—. Luego, nos facilitará una lista de los hombres y mujeres de su plantilla, y realizaremos algunas visitas...

—Esperamos toda su colaboración —añadió Moss.

—Creo que van a perder el tiempo —opinó Just Jackson, meneando la cabeza de un lado a otro.

—Nunca se pierde el tiempo —gruñó Moss—. Todo esto nos servirá para conocerle a usted mejor.

—Soy inocente. Están equivocados respecto a mí.

—Lo ocurrido ha sido muy extraño, Jackson —se rascó la cabeza Moss—. Y no nos convencerá con palabras, sino con hechos. Vayamos a ellos.

* * *

Ray Milton no fue muy lejos.

Una vez subió a su coche y lo puso en marcha, buscó un lugar estratégico desde donde poder observar cómodamente la quinta de Marian Clayton.

La espera resultó algo larga. ¿Qué diablos estarían haciendo el maldito policía y Lorena?

Encendía el tercer pitillo cuando los dos aparecieron llevando cada uno un caniche.

Subieron al coche de él y se largaron.

Ray Milton sonrió.

Bajó del coche y cubrió la distancia a pie. Cuando llegó ante la cancela, tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con un zapato. Sacó su llavero y seleccionó una de las llaves. Era la de la cancela.

Abrió como un par de horas antes lo había hecho. No se dirigió hacia la casa sino hacia el lugar donde había tenido efecto la breve pelea con el policía.

Era cierto que había acudido a la quinta de Marian con la intención de apoderarse de la droga que ella pudiera tener. Pero no era cierto que lo había hecho por ayudarla, por proteger su nombre. El era un condenado corrompido, y eso no tenía remedio. Además, su unión con Marian era ante todo tísica y de conveniencia. ¿Sentía su muerte? Si, la sentía como la de un juguete que se pierde. Pero pronto la olvidara, pronto encontraría una nueva pupila, y una

nueva amante, y unas nuevas reuniones...

No había tenido ninguna dificultad en encontrar el escondite secreto de Marian, porque lo conocía sobradamente. Allí había hallado las dos bolsitas de plástico con heroína. Dos bolsitas diferentes a las habituales, pero a él le daba lo mismo, porque lo que le importaba era el contenido. Cada bolsita equivalía a una dosis, y tendría por tanto para dos ocasiones. No era mucho, pero... más valía eso que nada. El esperaba encontrar más, aunque, a cambio había hallado algo tal vez más importante.

Una pequeña llave.

Una llavecita con un número impreso en su ensanchadura. El doscientos quince.

Enseguida imaginó que era. Había oído comentar a Marian en un par de ocasiones que tenía en alquiler una caja de seguridad en la Estación Central. Así pues, aquella llavecita debía abrir el apartado doscientos quince de la Estación Central.

Allí debía haber cosas interesantes. Tal vez más bolsitas...

Se la echó al bolsillo, junto con las bolsitas, y en eso oyó el ruido de la puerta.

Alguien acababa de entrar en la casa.

Asustado, tuvo la idea de saltar por la ventana. Y debido al nerviosismo, hizo demasiado ruido.

Inesperadamente se vio sorprendido a medio camino por aquel maldito entrometido. Pelearon, y al final el otro salió vencedor.

Cuando volvió en sí y vio todas sus cosas esparcidas por encima de la mesa y además la credencial del policía, deseó que la tierra se lo tragara.

Pero tuvo un consuelo.

La llavecita no se encontraba entre las cosas que había sobre la mesa. ¿Dónde estaba?

No tuvo tiempo para pensar en ello porque enseguida el policía lo ametralló con preguntas, y sólo pensó ya en salir lo mejor librado posible. Al final había tenido suerte. El policía le dejó largarse.

Una vez fuera de la quinta se registró concienzudamente los bolsillos, pero no encontró la llavecita por ningún lado.

En un principio pensó que el policía se la había descubierto y no se lo había querido decir. Pero no, no lo creía.

Cabía una posibilidad: que hubiera perdido la llavecita durante

la pelea con el policía.

Y por eso estaba de nuevo allí, una vez se hubieron ido Lorena y el policía.

En cuclillas, escarbaba el césped ansiosamente. No halló nada. Soltó una maldición.

Al final la encontró en el destrozado macizo de flores. Por unos instantes se quedó contemplándola en la palma de su mano. Con ella podría averiguar lo que tan celosamente guardaba Marian en la caja doscientos quince de la Estación Central.

—¿Por qué mira tan extasiado esa pequeña llave, amigo? —le preguntó una voz a sus espaldas.

—¿Tan importante es? —le preguntó otra, ésta femenina.

Ray Milton giró sobre sus talones rápidamente. Quedó encarado a dos jóvenes desgarrados, chico y chica de aire entre *hippie* y *gamberro*.

CAPÍTULO XI

Lorena no aceptó de ninguna manera que él la dejara en casa. Mike Madox, refunfuñando, la tuvo que llevar con él.

Aparcó el coche en la 27th Street. Los dos caniches se quedaron medio dormidos en el auto.

Encontraron el bar que buscaban justo en la esquina de la mencionada calle e Imperial Avenue. No era muy grande el local, pero sí muy llamativo el rótulo que había a la entrada.

DOLL'S

, con grandes letras de neón que por la noche debían dar mucho juego.

Mike Madox empujó la puerta de vaivén, de un rojo chillón, franqueándole el paso a Lorena.

Ella entró, y él lo hizo a continuación, no sin insistir una vez más:

—No debías haber venido. Éste no es lugar apropiado para ti.

—Me interesa saber todo lo referente a mi hermana.

—Yo te lo hubiera contado después.

—Quiero saberlo personalmente.

El interior se encontraba en penumbra. Una flecha luminosa indicaba el camino de los reservados. La clientela no era mucha a aquellas primeras horas de la tarde. La barra estaba vacía y el barman mataba el tiempo leyendo una revista de deportes. Las chicas de alterne que no tenían compañía —cinco— se hallaban agrupadas alrededor de una mesa, jugando a los dados.

La entrada de Mike y Lorena llamó la atención de todos ellos, excepto de la clientela, que se encontraba la mar de entretenida.

Llegaron a la barra, dejando atrás los cuchicheos de las empleadas que jugaban a los dados.

Se encaramaron a sendos taburetes, y Mike se encaró al barman.

—Queremos ver a la dueña —dijo—. A Sylvia Cummings.

—No está, amigo.

—¿Va a venir por aquí?

—No sé —se encogió de hombros.

—¿Quién dirige esto?

—Un encargado.

—¿Dónde está?

—En su despacho... Oiga, ¿a qué vienen tantas preguntas? —
Frunció el ceño, preocupado.

—Eso no le interesa a usted. Dígame, ¿dónde se encuentra ese despacho?

—Iré yo a avisarle. Ahora tiene visita.

—Me parece bien.

El barman salió por un extremo del mostrador y siguió la indicación de la flecha luminosa de los reservados.

Una de las chicas que jugaba a los dados se puso entonces en pie y se acercó a la máquina de música. Introdujo una moneda y seleccionó su disco preferido.

—No me gusta este sitio —comentaba Lorena.

—Ya te dije que no vinieras...

Una música suave comenzó a llenar el local. La chica de alterne se acercó contoneándose a la pareja de recién llegados.

Les sonrió, y luego le miró a él de arriba abajo, descaradamente.

—Tú y yo nos conocemos, ¿verdad, encanto? —le preguntó con desparpajo a Mike.

—Hum. No te recuerdo.

—Yo sí. Los tipos como tú no se me despintan. Y más si son lo que son.

—¿Qué quieres decir?

—Tú y yo nos conocimos en un Precinto, encanto. Me llevaron allí unos patrulleros por escándalo público. Tú estabas de guardia en la sala de detectives. ¡Tú eres un policía!

Elevó la voz en sus últimas palabras y éstas sonaron como disparos en el local.

Luego, vinieron los disparos de verdad.

Justo en ese preciso momento hacían acto de presencia el barman y un tipo vestido con pantalones de pana, camisa y

cazadora.

—¡Policía! —exclamó alarmado éste último, echando mano del interior de su cazadora—. ¡Avísales! —le chilló a continuación al barman.

Éste echó a correr, volviendo sobre sus pasos.

Mike Madox ya había girado sobre sus cuartos traseros. Vio la pistola apuntándole.

Se tiró al suelo al mismo tiempo que empujaba a Lorena y la derribaba del taburete.

Los chillidos de las mujeres se confundieron con el primer disparo.

Una botella de *brandy* que había en el anaquel situado tras el mostrador estalló en mil pedazos, lanzando cristales y líquido a su alrededor.

Mike Madox besó el suelo y para entonces ya empuñaba su revólver reglamentario, el Colt Detective, calibre 38. No entendía nada; sólo sabía que alguien lo quería apiolar; apretó el gatillo.

Su bala dio en el blanco, en el rostro del tipo de la cazadora, y se lo llevó hacia atrás, derribando mesas y sillas, haciendo fuego una vez contra el suelo, ya sin control, entre un maremágnum de gritos histéricos, olor a pólvora y música suave, acariciadora.

Mike Madox se puso en pie, sin preocuparse de Lorena, y echó a correr por el pasillo por donde había desaparecido el barman.

Dobló un recodo y llegó ante una puerta que llevaba pintado en negro el rótulo de PRIVATE.

Derribó la puerta de un puntapié y enseguida quedó encarado al barman, a quien apartó de un soberano puñetazo que le hizo trastabillar y al final dar con sus huesos en el suelo.

Un hombre pequeñajo trataba de escapar por el ventanuco del despacho. Ya había logrado colar medio cuerpo, hasta la cintura, y sus piernas se balanceaban ridículamente.

Mike Madox llegó hasta él y, de un brinco, consiguió asirlo por el cinturón del pantalón y después tiró sin ningún miramiento.

El tipo pataleó y juró como un carretero, pero al final retornó todo él al despacho. Quedó hecho un ovillo en el suelo.

Entonces el policía miró por fin a la mujer que allí se encontraba. Era alta y pelirroja, de porte elegante.

—Bien —exclamó Mike Madox—. Creo que ahora voy a saber a

qué ha venido todo este alboroto por mi presencia en este local. Usted debe ser Sylvia Cummings, ¿no? —Sí— respondió ella.

* * *

No había sido difícil.

El tipo aquel se resistió en un principio, pero conforme los golpes fueron lloviéndole su lengua comenzó a soltársele.

Habían entrado en la casa, gracias a otra llave que llevaba el tipo, por lo cual no habían tenido que hacer uso de la ganzúa. Allí, él, Paul, había comenzado a ablandar al sujeto, mientras ella, Nancy, registraba la vivienda y la ponía patas arriba.

Ella encontró algunas joyas y dólares, y él supo para qué servía aquella llavecita que con tanto interés contemplaba el desconocido.

Del posible alijo de droga no hallaron el menor rastro.

Entonces él, Paul, se encaró al tipo y le interrogó acerca de ello, después de enterarse que era el *manager* de la cantante fallecida, pero aquél se mostró terco y negó saber algo.

Se mostró tan terco que la cosa terminó desagradablemente para él, para el tipo.

Bueno, ¿para qué seguir recordando aquello?

Lo cierto es que se encontraban ya en la Estación Central y que el apartado número doscientos quince sí existía. Había un gran trasiego de gente, yendo y viniendo, y hasta allí llegaba el olor a aceite quemado.

—Tal vez encontremos aquí lo que buscamos —dijo él, sacando la llavecita.

—Creo que esta vez nos hemos excedido, Paul, cariño... —dijo ella, preocupada.

—El tipo ese me sacó de quicio. El se lo buscó. ¡Imbécil!

—Espero que no tengamos problemas...

—Nadie nos vio. Además, ¿quién nos va a relacionar con él?

—Bueno, abre ya ese apartado. Me estoy poniendo nerviosa por momentos.

—Tranquilízate, Nancy.

Paul introdujo la llavecita en la cerradura e hizo un breve giro de muñeca.

Sonó un ligero chasquido.

El joven le dedicó una sonrisita a la muchacha y ella le apretó el

brazo libre, clavándole las uñas.

Paul tiró hacia afuera de la puertecita, dejando al descubierto un negro agujero.

—¡Ajá!: —exclamó, satisfecho.

Ella murmuró algo ininteligible.

Paul metió la mano ansiosamente, sacando todo lo que encontró a su paso, que fue bien poco.

Se quedó contemplando con gran estupor, incrédulo, todo lo que había sacado y que ahora estaba en sus manos.

—Seis bolsitas y un sobre —musitó, desilusionado.

—¿Ése era el importante alijo de droga que nos aguardaba? —inquirió ella, irritada y divertida a la vez, ya más tranquila.

—Vámonos —decidió él de pronto, echándolo todo en la canasta que ella llevaba colgada del hombro—. No quiero que llamemos la atención.

De nuevo pasó la mano por el interior del apartado, por si había dejado algo, pero no halló nada. Maldiciendo, lo cerró y se guardó la llavecita en el bolsillo de la camisa.

Echaron a andar hacia la salida.

—Al menos esas bolsitas son de heroína —comentó ella, cuando dejaron atrás la Estación Central.

—Sí, lo sé. Son iguales que las que sacó ella el otro día...

—Algo es algo.

—¡Cochina suerte! —barbotó él, fuera de sí.

—Aunque por seis bolsitas de heroína no valía la pena haber...

—¡Dame el sobre ese! —le cortó él.

—Toma.

Era un sobre blanco, de papel vulgar, cerrado, sin ningún escrito en él.

Paul lo miró al trasluz y vio un papel en su interior. Luego lo rasgó brutalmente.

Extrajo el papel y lo desdobló. Fue leyendo rápidamente, con gran avidez, aquellas líneas escritas a mano, con bolígrafo. Era una letra menuda, nerviosa, de difícil lectura, pero Paul enseguida captó el total significado de aquel texto.

De repente rompió a reír. Y exclamó, mirando a su compañera:

—¡Aún no hemos perdido, Nancy!

En el local ya imperaba la normalidad gracias a la ayuda prestada por los hombres de un autopatrulla que vigilaba por las cercanías. Los patrulleros habían sido puestos en alerta por unos transeúntes que habían escuchado los disparos y no tardaron en presentarse.

Mike Madox se identificó a ellos y enseguida tomó las riendas del asunto. Mientras, uno de los patrulleros pedía por teléfono una ambulancia y más efectivos policiales.

—Está claro que llegué en un momento inoportuno —comentó el detective—. Justo cuando usted, Sylvia Cummings, estaba realizando una de sus transacciones ilegales.

—Mala suerte —dijo ella, encogiéndose de hombros, muy serena, como si de una buena perdedora se tratara.

—Todo fue por culpa de una de sus muchachas. Me reconoció en el momento en que hacía acto de presencia el encargado del bar. Supongo que al oír la palabra policía se creyó que habíamos descubierto el sucio negocio que se llevaban entre manos en el despacho...

—Rick era muy impetuoso. Si hubiera tenido calma...

—De todas formas, no le hubiera cantado otro gallo. —¿Está seguro?

—Sí. Yo ya tenía referencias de usted, Sylvia Cummings. Sabía que se dedicaba a la venta de droga.

—Entonces, ¿venía a detenerme?

—Venía a preguntarle acerca de cierto asunto que llevo en la actualidad. En fin, imagino que este tipo pequeñajo es su suministrador, ¿no?

—Sí.

¿Cómo se llama, amigo?

—Bart... Bart Logan —respondió, asustado y esposado, al igual que el barman. Ambos eran vigilados por uno de los patrulleros.

Los clientes y empleadas se encontraban arrinconados, expectantes. Lorena fumaba nerviosamente un cigarrillo, ya algo repuesta del susto pasado, atenta al diálogo que Mike Madox desarrollaba con la pelirroja.

—Le cogimos bien, amigo Logan —sonrió el detective—. Con nada menos que un kilo de heroína. Se acabó su negocio. —Luego,

volvió a encararse a la mujer que un tiempo atrás fuera *vedette* y que todavía conservaba buena parte de su hermosura—. Pero esto no es realmente lo que me interesa. Ya vendrán los de la Brigada de Narcóticos... A mí me preocupa otra cosa. En primer lugar quisiera saber si estas bolsitas las vende usted...

Y así diciendo, sacó de un bolsillo de su chaqueta las dos bolsitas que le había confiscado a Ray Milton, dejándolas caer sobre la mesa.

Sylvia Cummings bajó la mirada.

—¿Qué dice? —agregó Mike Madox.

—Yo no vendo eso —respondió al momento.

—¿No miente?

—Sólo tengo una palabra.

—Su palabra no es de mucho fiar en estos momentos. —¿Qué quiere, entonces?

—Me gustaría ver una de esas bolsitas que usted vende a su clientela.

—Yo no vendo droga.

—¿Ah, no? ¿Y para qué estaba usted comprando un kilo de heroína? Vamos, Sylvia Cummings, creía que usted era más inteligente. No retroceda ahora, por favor. Colabore y eso se le tendrá en cuenta.

—No puedo negar que estaba comprando droga, poli, pero de eso a lo otro hay un trecho.

—Un trecho... muy corto.

—Demuéstrelo.

—Ahora vendrán los de la Brigada de Narcóticos y registrarán este bar dé punta a rabo, y también lo harán con su casa, y con todo lo que usted tenga. Caerá, seguro.

Sylvia Cummings apretó los labios fuertemente y permaneció callada.

Entonces sucedió lo inesperado.

Uno de los hombres que estaban arrinconados con las empleadas dio un paso al frente y solicitó ser escuchado. Era un hombre delgado, de estatura mediana y casi calvo. Tartamudeó al principio:

—Yo... yo... Bueno...

—Vamos, cálmese y hable claro —le rogó Mike.

El hombre introdujo la diestra en el bolsillo de su chaqueta y

sacó una bolsita.

—Yo... yo acababa de comprar una... una bolsita de éstas... Me convenció la chica con la que estaba en el reservado. Yo nunca lo había probado... No estaba muy seguro, pero ella logró convencerme, sí... Ahora estoy arrepentido...

Mike Madox se acercó a él y tomó la bolsita. A continuación le preguntó:

—¿Qué chica estaba con usted?

—¡Ésa! —señaló con un dedo.

Se trataba de una joven menuda, ni fea ni guapa, de pelo trigueño y abundante delantera, generosamente exhibida.

—Yo... Menos mal que aparecieron ustedes... Sí no, hubiera caído... Debía estar loco para comprar la droga y pensar en inyectarme... —siguió diciendo el hombre, pero ya Mike Madox no le hizo el menor caso.

—A ver, tú, muchacha.

La chica, pálida y temerosa, quiso dar un paso atrás, pero la pared se lo impidió.

—¿Le vendiste esta bolsita a ese hombre?

Ella miró hacia su patrona.

—No la mires. Ella ya está prácticamente perdida. Piensa en salvarte tú.

—Yo...

—¿Me oyes, muchacha? ¡Piensa en salvarte tú!

—Bueno, pues sí...

—¿Se la vendiste tú a ese hombre?

—¡No, Mary! —chilló Sylvia Cummings.

—¡Hagan callar a esa mujer! —gritó Mike Madox—. Tú, muchacha, habla claro. ¿Le vendiste esta bolsita a ese hombre? Dijiste sí, ¿no?

Ella miró de nuevo hacia la dueña del local, ahora amenazada seriamente por el cañón del revólver de un patrullero. Se humedeció los labios, indecisa.

—No seas tonta, muchacha. Habla. Eres joven. Aún tienes tiempo y oportunidad de enderezar tu camino. ¡Habla!

—Oh, sí, está bien —estalló en sollozos, llevándose las manos a la cabeza, presa de la tensión nerviosa, del pánico y del maldito embrollo en que se había visto envuelta por culpa de aceptar cosas

que iban contra su propio código, por culpa de su vida humilde y solitaria, por culpa del dinero—. ¡Es cierto! ¡Esa bolsita se la vendí yo! ¡Elio nos pagaba más si captábamos nuevos clientes! Gente débil de voluntad que, tras la primera dosis, dependerían ya para siempre de ella y de su maldita mercancía...

—Bien —exclamó Mike Madox—. Esto parece que está ya más claro. ¿Tiene algo que decir al respecto, Sylvia Cummings?

—Nada.

—Por otro lado —continuó la chica de pelo trigueño, dispuesta a soltar todo lo que llevaba dentro y le ardía desde un tiempo atrás—, ella tiene una clientela selecta, escogida. Hombres y mujeres del mundo del espectáculo, viejas amistades...

—Gracias por la introducción, muchacha —sonrió Mike Madox—. A eso precisamente quería ir yo. —Se encaró de nuevo a la pelirroja y agregó—: Sé que usted le proporcionaba droga a Marian Clayton, la cantante...

—No recuerdo.

—No sea terca. Lo sé por el *manager* de ella, Ray Milton, a quien usted también suministra.

—¿A qué viene todo esto? —exclamó de súbito la pelirroja—. Marian Clayton está muerta.

¿Ya lo sabe?

He leído el periódico.

Bien, bien. Se lo explicaré. Resulta que Marian Clayton era dueña de estas bolsitas que usted ve. Usted era su vendedora habitual. En cambio, Ray Milton añadió que este tipo de bolsitas no las vendía usted. A eso vine aquí. A cerciorarme de ello. ¿Entendido?

—Pues ya lo sabe, maldito entrometido. Esas bolsitas no las vendo yo.

—Eso es interesante. ¿Marian Clayton había dejado de ser su cliente?

—Sí. Hacía un par de semanas que no venía por aquí.

—Ajá. Veo que ya está dispuesta a colaborar.

—Lo que quiero es perderle de vista.

—Paciencia, amiga mía. ¿La última vez que se vieron le dijo algo?

—¿Cómo qué?

—¿Le dijo que iba a dejar de comprarle la droga, o algo por el estilo?

—No, en absoluto.

—¿Sabe quién vende este tipo de bolsitas?

—Lo imagino.

—Cuéntemelo.

—Cuando un cliente mío me abandona, siempre siento interés por saber qué ocurre. Muchas veces los obligamos a volver al redil... Uno de mis hombres se encargó de vigilar a Marian Clayton y dio con su posible actual proveedor. Lo malo es que se trataba de un tipo que está por encima de nosotros, unos pobres traficantes. Así que tuvimos que dejar marchar de nuestra red a Marian Clayton. Sólo actuamos cuando se trata de competidores de nuestra altura...

—¿Quién es el hombre que los vio?

—Si está pensando en un testigo, se ha quedado sin él —sonrió traviesamente la pelirroja—. Usted mismo lo mató.

Y señaló a Rick.

—Maldita sea mi suerte. ¿Y quién es el posible proveedor? ¿Tal vez... Just Jackson?

—No. Pero caliente, caliente...

—¡Dígalo ya, condenación!

—Andy Lorigan, su brazo derecho.

CAPÍTULO XII

Nunca había odiado tanto a un hombre como a Just Jackson.

Sus constantes órdenes, caprichos, humillaciones habían hecho nacer dentro de él un odio infinito.

Había soñado en matarlo. Matarlo de mil maneras distintas. Ninguna de ellas exenta de crueldad y refinamiento, vengándose sádicamente de todo lo pasado entre los dos. Pero también ninguna de ellas resultaba convincente.

Existía un claro inconveniente: Just Jackson era el delegado-jefe del Sindicato en el condado de San Diego. Y no se puede matar a un hombre así y luego poder vivir tranquilo.

La idea de eliminarlo del censo de los vivos la había arrastrado durante meses y al final había dado con algo original. Original y difícil. Pero que si salía bien, no sólo él, Andy Lorigan, estaría fuera de peligro sino que, encima, para postre, conseguiría el puesto de su jefe, el gran cerdo Just Jackson.

Una de las piezas clave del plan iba a ser Mirna Castle, una pelirroja adscrita a la nómina del Sindicato, la cual se encargaba todos los meses de ir a recoger al embarcadero de La Jolla los envíos de Ensenada. Ni siquiera intentó que ella fuera su aliada. La conocía bien y sabía de su lealtad al Sindicato y a Just Jackson.

En cambio, sí se fijó mucho en la entonces amigueta del gran cerdo. Just Jackson, hombre bien introducido en la sociedad de San Diego, gustaba alardear de mujeres hermosas para que nadie sospechara sus auténticas inclinaciones. Mujeres a las que complacía en todos sus caprichos y que luego, una vez se separaban de mutuo acuerdo, mantenían la boca cerrada, gracias a todo lo conseguido... sólo en bienes materiales, claro. Y cuando a veces abrían la boca únicamente comentaban que Just Jackson era todo

un caballero.

Se fijó en Marian Clayton, sí. Enseguida adivinó su debilidad: las drogas. Tenía buen ojo para ello. Y gracias a ese buen ojo también observó —y esto era tan importante o más que lo anterior— que poseía un físico muy parecido al de Mirna Castle. El pelo rubio y los ojos verdes tenían fácil solución. Lo que contaba era la estatura y también la silueta.

No le fue difícil trabar amistad con ella. Lo hizo a través de las drogas, como si él fuera un adicto más. Gracias a su puesto comenzó a facilitarle la droga a un precio más bajo de lo que ella la conseguía. Al final terminó metiéndosela en el bolsillo.

Y llegó la hora de la proposición:

—Necesito que alguien me haga un favor, Marian. Mejor dicho: necesito que una mujer me haga un favor.

—¿Cómo?

—Se trata de un asunto delicado y no quiero preguntas al respecto. Esa mujer debe confiar plenamente en mí, incondicionalmente.

—¿A cambio de qué? —Sacó a relucir el interés.

Eso lo esperaba él. Y entonces le hizo la Oferta:

—Si estás dispuesta a ayudarme, te pagaré muy bien, Marian.

—Pero ¿qué?

—Te facilitaré la suficiente heroína para que en varios meses no tengas que comprar. —¿A tu precio de amigo?

—Gratis.

Los ojos de ella se agrandaron ante aquel ofrecimiento. Un deseo loco, irrefrenable, de mujer hundida ya en el vicio, se pintó en sus bellas pupilas.

—Pero no has de hacer preguntas —insistió él.

—¿De qué se trata?

—Tendrás que sustituir a una mujer. Ella es de tu mismo tipo aproximadamente. Con una peluca, unas lentillas y sus ropas parecerás ella.

—¿Y qué debo hacer?

—Irás a un pequeño yate atracado en el embarcadero de La Jolla y recogerás un paquete. Atiende...

Durante dos días le estuvo repitiendo las instrucciones, y cuando llegó la fecha señalada, Andy Lorigan se movió con mucha rapidez.

Primeramente se dirigió a un bosquecillo situado entre Lemon Grove y Spring Valley, a un puñado de millas de la ciudad. Escogió un buen sitio donde esconder la pala que llevaba y poco después emprendía el camino hacia el Montgomery Field. Allí dejó su coche y tomó un taxi. Se apeó cerca de Balboa Park, donde previamente había quedado citado con Mirna Castle bajo un pretexto de urgencia.

—¿Qué es lo que ocurre, Andy? —habló ella al momento—. Ya sabes que hoy es el día de la recogida de la mercancía de Ensenada. Dentro de un momento tengo que pasar a recoger a Peter y a Jack...

El, por toda respuesta, le mostró su pistola, ya con el silenciador acoplado.

La obligó a conducir hasta el bosquecillo donde él había estado una hora antes. La oscuridad era ya completa y sólo se oía el canto de algún grillo lejano.

Allí, muy cerca de donde había dejado la pala escondida, la conminó a desnudarse.

Y luego la mató.

No lo hizo con la pistola, sino con una navaja de resorte, lentamente, recreándose en la suerte, sintiendo un secreto placer cada vez que la atravesaba con la brillante y por momentos roja hoja de acero.

Más tarde, tras contemplar el cadáver con ojos febriles, y el rostro cubierto por el sudor, tomó la pala y cavó una fosa. Y allí quedó enterrada Mirna Castle.

Después de limpiar cuidadosamente la navaja con hojas secas y hierbajos, echó la pala y las ropas de ella al coche, y regresó al aeropuerto.

Pasó las cosas a su automóvil, y dejó el de ella aparcado en el *parking*.

Llegó a Linda. Vista Road, cerca del río, donde había quedado citado con Miriam Clayton. Le facilitó la peluca pelirroja y las lentes de contacto azules que ya llevaba desde un principio en el coche, y también las ropas de Mirna Castle.

El se quedó allí, y Marian fue a cumplir con la misión encomendada.

Cuando retornó con el osito, comenzó lo más difícil y arriesgado.

Pero a pesar del peligro de que aquello saliera mal, y las funestas consecuencias que le podía acarrear, ya estaba embarcado en la empresa, y no era posible dar marcha atrás.

Se encontraban en un recodo de Linda Vista Road, fuera de la carretera, bajo unos árboles, y hasta ellos llegaba una ligera humedad proveniente del San Diego River. El coche de él se hallaba totalmente a oscuras y el de ella, en cuyo interior estaban acomodados en esos instantes, sólo tenía encendida la luz de dentro.

—No me dijiste que se trataba de recoger un osito... —comentó ella, ya sin peluca y lentillas, con su ropa habitual, entregándoselo.

—Cada vez viene la mercancía en objetos distintos. No sabía que se tratara de un osito, en esta ocasión.

—¿Y cuál es la mercancía?

—Te dije que estaban prohibidas las preguntas.

—Está bien. ¿Y mi paga?

—Aquí la tienes —le mostró el paquete que llevaba en las manos—. Heroína pura, sin mezclas extrañas, lo mejor que ha salido de nuestros laboratorios clandestinos.

Los ojos de ella brillaron con esa intensidad que tan bien conocía él. El brillo del drogadicto, del ser viciado, del esclavo del tóxico.

—Apuesto a que sientes deseos de probarla.

—Hoy ya he...

—Vamos, no lo niegues —le cortó él.

Ella vaciló todavía.

—Yo también me inyectaré, si es tu gusto. Podemos pasarlo muy bien los dos —insistió, llegando a la parte más difícil de su plan—. De verdad, es heroína de la mejor.

En eso no la engañaba. Había tomado unas bolsitas selectas, con el fin de que la droga provocara el mayor efecto en ella.

—Pruébala y verás.

Ella se relamió, dudó, las palmas de sus manos se humedecieron, su corazón se aceleró, la ansiedad la invadió. Y como fondo, siempre las palabras machacantes de él, prometiéndole algo nuevo, más fuerte, insólito, alucinante. Al final, no supo resistirse.

Sacó de su bolso los utensilios —que hacía unas horas había usado en Chula Vista— y, con la ayuda de Andy Lorigan, se inyectó

en la vena.

Era buena aquella heroína, sí. Y de efectos rápidos. A los pocos minutos se proyectó ante sus ojos un mundo nuevo: flores, luces de mil colores, extrañas figuras y *flashes* vertiginosos. Su respiración se agitó, murmuró incoherencias, quiso abrazarlo, besarlo. El la rechazó.

—Va bien, ¿eh? —comentó, muy sonriente.

Ella se limitó a reír brevemente.

—Sé de un juego muy divertido —dijo Andy Lorigan—. ¿Me oyes. Marian? —La sacudió.

Ella asintió, casi de éxtasis.

—¿Nunca has probado a conducir en ese estado? Es fabuloso, cuentan. Se ve la carretera como una interminable recta luminosa, que termina en un arco iris irresistible, atrayente. Mira, mira allí...

La cogió por los cabellos, suavemente, y la obligó a mirar hacia la carretera. El tráfico era prácticamente nulo, y sólo la pálida luz lunar iluminaba aquella zona.

—¿Lo ves? ¿Ves el arco iris? ¿Ves esas luces?

Ella se removió, inquieta, balbució algunas tonterías.

¿Lo ves? —insistió él—. ¿Lo ves?

Sí, sí...

¿Verdad que ves esas luces?

—Sí, sí... —Y es maravilloso.

—Sí, sí...

—¿Serías capaz de alcanzarlas?

—Sí, sí...

—Quisieras alcanzarlas, poseerlas, tocarlas, ¿verdad?

—Sí, sí...

—Entonces obtendrás la máxima satisfacción, el mayor placer... ¿Las sigues viendo, Marian?

—Sí, sí...

Parpadean incesantemente, van y vienen, son muy bonitas, ¿verdad?

—Sí, sí...

—Y quieres cogerlas.

—Sí, sí...

—Tú lo conseguirás, Marian.

—Sí, sí...

—Anda, pon el coche en marcha.

Con mano algo vacilante, le dio a la llave de contacto. Runruneó el motor. —Míralas. Míralas fijamente—. Sí, las veo.

—¿Y ves la recta?

—Sí, sí.

—Es una recta interminable, larga, larguísima.

—Sí, sí...

—Con luces que la bordean, luces de todos los colores, luces maravillosas.

—Sí, sí...

—Y al final el arco iris, con las luces más bonitas, más llamativas, más luminosas si cabe. —Sí, sí.

—Anda, Marian, corre a por ellas. Alcánzalas.

Andy Lorigan bajó del coche con todas sus cosas, incluido el paquete de droga.

Se acercó por la ventanilla del conductor, con una sonrisa maléfica pintada en su rostro de hombre guapo.

Anda, Marian corre a por ellas. Alcánzalas.

—Sí, sí...

—Pero siempre recto, recto, recto. —Sí, sí...

—No te desvíes. Sigue por ese largo y recto callejón de luz.

—Sí, sí...

—Y llegarás al arco iris.

—Sí, sí...

—Aprieta fuerte el acelerador. Cuando más aprisa vayas, más pronto llegarás al arco iris, y tocarás esas maravillosas luces, que son mil promesas de alegría y placer...

—Sí, sí...

—¡Anda, Marian, corre a por ellas! ¡Mira cómo brillan! ¡Te llaman! ¡Te llaman!

—Sí, sí...

—¡Corre, Marian, Corre!

Ella metió la primera, y salió lanzada a la carretera^[1]. Veía las luces, sí, las veía. Brillaban asombrosamente. Y tenían todos los colores del arco iris. Le esperaban a ella. Todo era cuestión de ir aprisa, más aprisa, y recto, siempre recto, recto...

No vio la curva. Tampoco vio el árbol. No se enteró de que se mataba.

CAPÍTULO XIII

Una vez llegaron los hombres de la Brigada de Narcóticos y se hicieron cargo del asunto del bar

Doll's

, Mike Madox —quien había dado respuestas vagas a sus compañeros de la Narcotic Squad— y Lorena regresaron al coche del detective.

Mike Madox utilizó el radio teléfono para ponerse en comunicación con su Precinto.

Cuando tuvo al habla al capitán Jacobs, éste le dijo:

—Celebro que hayas llamado, Mike. Iba a dar órdenes de localizarte.

—¿Ocurre algo, jefe?

—Ha sido descubierto un crimen en la quinta de Marian Clayton.

—¿Cómo? —se sorprendió vivamente el detective. Incluso la misma Lorena, que escuchaba igualmente, respingó en su asiento.

—Sí, muchacho. Un vecino vio salir de la quinta a dos jóvenes de aspecto sospechoso, y avisó a la policía. Fueron unos patrulleros y descubrieron el fiambre. Ahora acaba de ser radiado a todos los Precintos el informe sobre el particular, dando la descripción de los presuntos autores. Por eso quería localizarte. Pienso que esa noticia puede ser interesante para nuestro asunto.

—¿Se sabe ya quién es el muerto?

—Sí, tengo el nombre aquí.

—Dígamelo.

—Bay Milton, el *manager* de la cantante.

—¡Infiernos!

—Presentaba un feo aspecto. Le molieron a golpes... y parece

ser que se les fue la mano.

—¡Condenado tipo!

—¿A qué viene tanta exclamación, muchacho?

—Yo creía que se había largado. —No te entiendo.

—Se lo explicaré.

Y lo hizo detalladamente, incluyendo al final lo sucedido en el bar

Doll's

—Es evidente que nos ocultó algo —finalizó.

—Bueno, muchacho, esto parece que cada vez se complica más.

—¿Cuál es la descripción de los posibles autores del crimen?

—Chico y chica, de no más de veinticuatro años, vestidos a la usanza *hippy*... Se largaron en un viejo Chevrolet, aunque al vecino que los vio no se le ocurrió tomar la matrícula.

—Ya.

—El Jugar se encontró totalmente revuelto y destrozado, como si por allí hubiera pasado una manada de reses. Imagino que debía tratarse de unos vulgares ladrones, que se tropezaron con él tal Milton y...

—Pudiera ser. Lo cierto es que nos han fastidiado. Porque si Ray Milton sabía algo más, ya no nos lo podrá decir.

—Oye, ¿qué querías?

—Ya lo olvidaba, con esta noticia. Después de lo que le he explicado antes, supongo que le será fácil adivinar qué deseo. —¿La dirección de Andy Lorigan?

—Es usted un lince, jefe.

Sonó una risita.

—Aguarda. Ordenaré a uno de los muchachos que consulte el archivo.

—Espero, sí.

Mike Madox se quedó mirando a Lorena, la cual acariciaba en esos momentos uno de los perritos.

—¿Qué diablos buscaría Ray Milton? —se preguntó en voz alta.

—Debía ser importante, cuando regresó.

—Algo había...

—Pero yo registré concienzudamente todo y no hallé nada.

—Y lo malo es que hemos perdido otro eslabón de la cadena. Los

mueritos no hablan.

—Bien. Ese tal Andy Lorigan te puede facilitar todos los datos en bandeja. Si realmente es quien proporcionaba la droga a mi hermana, está claro que esa droga debía salir de los negocios sucios de Just Jackson...

—Veremos si logro hacerle hablar...

—¡Mike! —llamó su jefe.

—¿Sí?

—Lorigan vive en el 501 de Federal Boulevard.

—Gracias, jefe. Hasta luego. —Suerte, Mike.

* * *

Luego, todo había sido más fácil. Quemar las ropas de Mirna Castle, y el osito, tras rajarlo y quitarle la mercancía, confundir a Just Jackson con la posible fuga de la pelirroja, dejarle cometer errores con los altos mandos de Los Angeles... y esperar a la noche.

La última noche.

Eso había sido la noche pasada, sí: la última. Cuando Just Jackson dormía como un bendito, él se levantó, tomó la bolsita que llevaba en la chaqueta, y fue a donde estaba colocada la caja fuerte.

Sabía ya la combinación (eso le había costado algún que otro registro en fechas anteriores, hasta dar con ella) y por ello la abrió en un santiamén. Registró el interior, y encontró una caja metálica que contenía un chato revólver de pequeño calibre, con toda seguridad un 32.

Abrió la bolsita que llevaba, y dejó caer todo su contenido en la caja metálica. Una lluvia de piedras preciosas —rubíes, esmeraldas, diamantes— rebotaron en ella con musical sonido, rodeando el revólver.

Se quedó contemplándolas unos instantes, con la mirada muy fija. Un millón de dólares en piedras preciosas. Algo verdaderamente escalofriante y atrayente a la vez. Pero con un botín así, propiedad del Sindicato, no se podía ir muy lejos. El, por otra parte, no era tan ambicioso. El prefería otra cosa.

Se guardó la bolsita y cerró la caja fuerte. Más tarde retornaba a la cama, sin que el gran cerdo se hubiera enterado de nada.

Y ahora sólo faltaba el toque final.

Levantó el auricular del teléfono y marcó el prefijo 213.

Después, otro número de más cifras.

Cuando le contestaron al otro lado del hilo telefónico, dijo:

—Con el señor Lazenby, por favor...

Aguardó unos instantes.

—¿Sí? ¿Aló?

—Señor Lazenby, soy Andy Lorigan, de San Diego. ¿Se acuerda de mí?

—Ah, hola, muchacho. ¿Qué cuentas? Hace tiempo que no nos vemos...

—Tengo noticias para usted.

—¿Acerca de la mercancía perdida?

—Exactamente.

—Dos de mis muchachos de confianza se encuentran precisamente ahí, en San Diego. Los envié para...

—Lo sé —le interrumpió Andy Lorigan—. Pero he preferido comunicarle estas noticias a usted, personalmente. Es un tema delicado, y pienso que es usted quien ha de tomar la decisión final.

—Bien. ¿De qué va la cosa?

—He descubierto una horrenda verdad, señor Lazenby. Algo casi increíble.

—Me tienes sobre ascuas, muchacho. Adelante.

—Usted ya sabe el precio que yo le tengo a mi jefe. Que nos tenemos mutuamente, vamos.

—En el Sindicato lo sabemos todo.

—Pues bien: acabo de descubrir que Just Jackson es un traidor.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Me lo ha confiado secretamente.

—¿Qué tonterías me estás diciendo?

—Escúcheme...

—Ya lo hago. Y te estás jugando el cuello, muchacho.

—Lo que le voy a contar es la pura verdad, señor Lazenby.

—Escupe.

—El, Just Jackson, lo planeó todo con la colaboración de Mirna Castle. Le prometió una parte del botín, inmunidad total y un pasaje para Europa. Pero luego la traicionó. Era lo que le convenía. Así ya había un culpable. ¿Lo entiende, señor Lazenby?

—No muy bien.

—Verá... Just Jackson mató a Mirna Castle y la enterró. Después

dejó el coche de ella en el *parking* del aeropuerto. Así todos creeríamos que Mirna Castle se había largado con la mercancía, y él continuaría aquí, tan feliz y contento, disfrutando de un millón de dólares.

—No puede ser.

—Yo tengo las pruebas.

—¿Qué pruebas?

—El muy tonto me lo contó todo. Durante un tiempo, estuve meditando entre mi lealtad a él y mi lealtad al Sindicato. Al final llegué a la conclusión de que ustedes serían más agradecidos.

—Aún no me has facilitado esas pruebas.

—Es cierto.

—Hazlo.

—A Mirna Castle la enterró en un bosquecillo que hay entre Lemon Grove y Spring Valley, a unas ocho millas de aquí. Le llaman Palito Forest. Es muy pequeño, y al fondo se encuentra la desdichada Mirna Castle. Como no hace mucho tiempo, será fácil encontrar la tierra removida.

—¿Y en cuanto a la mercancía, que es lo más importante?

—La tiene guardada en la caja fuerte de su finca de recreo. Esa que tiene en Paradise Valley.

—Mis muchachos comprobarán estos datos. Ahora mismo les telefonaré. Y si es verdad todo eso que me has contado, muchacho...

—Yo aún estoy anonadado, señor Lazenby. No esperaba esto de mi jefe.

—Gracias, muchacho.

—Siempre a sus órdenes, señor Lazenby.

—Ya te telefonaré, y, posiblemente, tenga buenas noticias para ti.

—Ya sabe que yo soy el brazo derecho de Just Jackson, y me conozco el condado al dedillo...

—Lo tendré en cuenta:

Sonriendo, Andy Lorigan colgó.

No tuvo mucho tiempo para recrearse pensando en lo que iba a ocurrir a partir de entonces. El timbre de la puerta sonó insistentemente.

Se levantó de la butaca y fue a abrir.

—¿Sí? —preguntó a sus visitantes, con una sonrisa en los labios, fruto de la felicidad que le invadía. Ya se veía como jefe de la delegación de San Diego.

Un inesperado puño le destrozó aquella sonrisa y lo empujó hacia atrás. Paul y Nancy entraron en la casa.

CAPÍTULO XIV

—Aquí es —exclamó Mike Madox, deteniendo el coche junto a la acera bordeada de árboles.

Los dos miraron hacia el bonito chalet, propiedad de Andy Lorigan.

—Iré contigo —dijo ella, muy resuelta.

—Oh, no. Ni hablar.

—Vamos, Mike...

—Esta vez te quedas en el coche, quietecita.

—¿Por qué?

—No quiero que tu preciosa cabeza esté en peligro. Ya tuve bastante con lo ocurrido en el bar de Sylvia Cummings.

—¡Ey, mira! —señaló ella, de pronto.

Mike Madox desvió sus ojos hacia el lugar indicado. Vio a dos jóvenes que iban a subir a un destartelado Chevrolet. Dos jóvenes de aspecto *hippy*...

—¡Deben ser ellos! —agregó Lorena.

—¡Los jóvenes del Chevrolet! —exclamó el policía, sorprendido—. Pero ¿por qué aquí? No se lo pensó más, y saltó de su coche. Gritó:

—¡Alto! ¡Policía!

Paul y Nancy no le hicieron el menor caso. Se colocaron más rápidamente en el interior del «Chevy», y salieron disparados, a todo gas.

Mike Madox echó mano, en un principio, de su revólver reglamentario, pero luego se lo pensó mejor: podía salir alguien herido en aquella concurrida avenida, y decidió regresar a su coche y salir en pos de los jóvenes.

—Todo mal —exclamaba Nancy, mordiéndose las uñas, nerviosa

—. ¡Todo mal!

—¡Perra suerte la nuestra! —exclamó a su vez Paul, con las manos fuertemente agarradas al volante, conduciendo como un loco —. Nos tropezamos con un tipo tozudo en la finca de Marian, y ahora, con otro.

—Y para final, la policía.

—Con los bolsillos vacíos. ¡Perra suerte la nuestra!

Por el Federal Boulevard salieron a la Helix Freeway y luego continuaron por Broadway, bordeando por el sur el Balboa Park.

Mike Madox se dio cuenta enseguida de que aquel viejo Chevrolet aún tiraba demasiado y que iba a ser difícil darle alcance. Por ello sacó el chisme de la luz giratoria y lo adosó al techo del coche. La sirena comenzó a ulular a ráfagas.

Paul y Nancy aún se pusieron más nerviosos al escuchar la sirena policial tras ellos. El joven apretó el acelerador a fondo, y tomó una curva sobre dos ruedas. Iban ahora por la 6th Avenue, subiendo hacia arriba.

—¡Cuidado! ¡El camión! —aulló, asustada, Nancy.

Paul viró el volante con rapidez y eludió el choque.

No llegó a escuchar los insultos del camionero. Dobló por Washington Street y a punto estuvo de llevarse por delante a un niño que cruzaba la calzada.

—¡Esto es horrible! —exclamó Nancy, medio mareada—. ¡No puedo más! —¡Cállate!

Mike Madox, por su parte, también tenía que hacer auténticas filigranas entre el tráfico para no perder de vista al viejo «Chevy».

—¡Diablo de coche! —murmuraba.

Los caniches iban de un lado a otro del automóvil, según los bandazos que daba éste. Lorena se había agarrado fuertemente al asidero de la puerta, y su rostro denotaba cierta palidez.

Por la Washington Street salieron a El Cajón Boulevard y para entonces ya varios autos patrulla iban tras ellos, alarmados por el escándalo organizado. El Chevy estuvo a punto de derrapar en un par de ocasiones, pero Paul supo rehacerse a tiempo. Nancy estaba entrando por momentos en una profunda crisis nerviosa dando chillidos histéricos. Los otros coches pasaban a una velocidad de vértigo, el ulular de la sirena policial continuaba a sus espaldas, implacablemente, el coche se bamboleaba peligrosamente al pasar

de las cien millas por hora...

—¡Nos vamos a matar! —gritó Nancy, fuera de sí—. ¡Nos vamos a matar!

—¡Cierra el pico, idiota!

—¡Frena, Paul, frena!

—¡Estás loca! ¡Si nos atrapan, estamos perdidos!

—¡Yo no hice nada! ¡Fuiste tú!

—Cállate, ¡estúpida!

—¿Por qué te ensañaste con ellos?

—¡Ninguno quería decirnos dónde está escondido el alijo de drogas! ¡Malditos fueran...! ¡En el infierno estén ya!

Cruzaron Fairmont Avenue, sembrando el terror entre los demás coches. El constante zigzagear convertía aquello en un martirio. Paul sudaba a chorros.

Mike Madox seguía tras ellos, sorteando los mismos coches, las mismas gentes... Los semáforos no tenían ningún valor, y más de un peatón se vio derribado por el huracán de aire provocado por aquellos coches voladores.

Y fue al llegar al cruce con la 54th Street cuando apareció súbitamente ante ellos, Paul y Nancy, un enorme Buick color negro.

Paul giró el volante, salvó el escollo, pero luego ya fue demasiado tarde para rectificar.

Los dos jóvenes vieron con horror cómo el «Chevy» se subía por la acera como un endemoniado y su morro se incrustaba en el escaparate de una tienda de artículos electromédicos.

Se oyeron chillidos, roturas de cristales y más tarde una sorda explosión, tras la cual el viejo «Chevy» se vio envuelto en llamas.

Mike Madox fue el primero en llegar allí con un extintor, el de su coche, mientras los empleados y clientes de la tienda huían despavoridos, indemnes todos ellos, por la puerta. Luego, le ayudaron otros hombres que pasaban por allí, y policías que fueron llegando.

Al final tuvieron que hacer acto de presencia los bomberos para dominar totalmente el fuego. Para entonces ambos jóvenes ya habían muerto semicarbonizados.

Lorena se abrazaba llorosa a Mike, horrorizada por cuanto había sucedido, mientras éste pensaba que su suerte era más bien negra. Acababa de recibir un informe por la radio en que se le comunicaba

que en el chalet de Andy Lorigan se había encontrado a éste muerto a golpes. Así, pues, la cadena se había roto totalmente.

Bueno, su suerte no era tan negra, qué caramba. Al menos, en aquel embrollado asunto había encontrado algo digno y de valor.

Alzó la barbilla de Lorena, se miraron a los ojos durante unos instantes, y luego sus labios se fueron acercando como si estuvieran imantados.

Se besaron, sin preocuparse de la multitud agolpada allí por el trágico accidente. Los curiosos tuvieron otro sitio a dónde mirar...

Lo que nadie sabía, ni tal vez sabría, es que una valiosa carta, escrita por la infortunada Marian Clayton, en la que, por si acaso le sucedía algo, contaba cuanto iba a hacer por cuenta de Andy Lorigan, de quien proporcionaba toda clase de datos, no era ya más que cenizas. Cenizas que se llevaba el viento.

EPÍLOGO

—No ha quedado ni uno.

—Es cierto, jefe.

—Marian Clayton, muerta en accidente de tráfico, como así ha dictaminado, por fin, la Brigada de Investigación de Accidentes. Ray Milton, asesinado por unos misteriosos jovenzuelos. Rick Lansing, un posible testigo en contra de Andy Lorigan, muerto por ti. Andy Lorigan, asesinado por los jovenzuelos de marras. Éstos, carbonizados al estrellarse con su coche, sin que podamos saber qué demonios pintaban en este embrollo. Y por último, como cierre, me llega la noticia de que Just Jackson ha sido encontrado en su finca hecho un colador, después de que unos ladrones anónimos le limpiaran la caja fuerte.

¿Qué condenación ha ocurrido aquí, Mike?

—Lo poco que yo sé, jefe, se lo he comunicado.

—Maldita sea.

—Pero, en fin, ya estamos acostumbrados a estas cosas.

—A quedarnos a dos velas, ¿no?

—Ajá. Ya sabe que sólo en las novelas policíacas se resuelven los enigmas y todo queda claro, clarito. La verdad, la realidad, es otra. Y nosotros, para bien o para mal, estamos en ella.

—Maldita sea —repitió el capitán Jacobs, mesándose los cabellos—. Si yo no lo lamento por eso, muchacho. Me han salido canas, archivando casos sin resolver.

—¿Por qué, entonces?

—¡Por los ascensos, condenación! ¡No tenemos nada que ofrecer a la superioridad!

¡Sólo una larga cadena de muertes sin una clara explicación!

—¡Qué se le va a hacer! ¡Ya llegará otra ocasión!

—Tú eres joven y aún te queda mucho camino. Pero yo, ¿qué? Era una de mis últimas oportunidades para salir de este estercolero de Precinto. ¡Yo no quiero morir en esta pocilga del diablo!

—Vamos, jefe, no se lo tome tan a pecho. Le daré una noticia agradable.

—¿Qué?

—Aunque no he conseguido cambiar de grado profesional voy a cambiar de grado civil.

Me voy a casar.

—Enhorabuena, muchacho. ¿Quién es ella?

—Ha venido conmigo para que usted la conociera. Mientras usted y yo charlábamos sobre el trabajo, ella se ha quedado ahí fuera, observando cómo los muchachos interrogan a unos descuidados...

—Hazla pasar, hombre.

Mike Madox abrió la puerta y una Lorena Clayton nerviosa, con el bolso abierto, cayó en sus brazos.

—¡Mike! ¡Mike! ¡Me han robado el encendedor de oro!

El detective se quedó mirando, perplejo, a su jefe.

—¡Maldita sea! —barbotó el capitán Jacobs—. ¡Eso sólo podía ocurrir en este antro de iniquidad policial! ¡Sargento Douglas...!

FIN

Albert Rosbund es el pseudónimo del escritor Alberto Rosbound Izquitino.

Notas

[1] Está comprobado que el drogado mantiene sus automatismos de conducta prácticamente normales. < <